

LA GUERRA DE LOS CARACTERES

(La madre de todas las batallas)

José Luis Cardero López y Alberto J. Gil Ibáñez

1. Introducción.-

Cada año mueren diez millones de personas en el mundo que han decidido suicidarse, personas que, tal vez avocadas por su carácter al suicidio aún antes de nacer, no han podido soportar la presión que les metía la vida, la sociedad, “los otros” de carácter tal vez más fuerte, más agresivo, o simplemente, más insensibles. Si a esta cifra sumamos el resto de muertes violentas (asesinatos, violaciones con resultado de muerte, torturas, asaltos, homicidios, etc...) nos daría una cuantía que supera a la de cualquier guerra oficial, “declarada”, que haya habido en la historia. Y esas víctimas caen a nuestro lado cada día, silenciosas, cotidianas, como un automatismo crónico al que nos hemos acostumbrado, también (o sobre todo) dentro de una sociedad occidental que presume de haber alcanzado las mejores cuotas de habitabilidad, la mejor calidad de vida, el mejor de los mundos posibles, o, parafraseando a un vencedor de guerras declaradas como fue W. Churchill, el menos malo. Y ¿qué decir de los heridos (algunos de muerte) de esta guerra silenciosa? Los deprimidos, los alcoholizados, los acreedores de alguna enfermedad mental de un largo elenco, los angustiados, los enfermos del corazón, los que viven con el miedo entrelazado entre sus vidas... Todos ellos víctimas de un

verdugo transparente que se disfraza de falso amigo, de jefe, de dirigente político, de padre, de hermano, de compañero de trabajo, de cónyuge, de vecino, de obispo...

Probablemente cuando nacen los seres humanos, casi lo primero que hacen es optar por una máscara: la de víctima o la de verdugo. Hay quien tratará toda su vida de vivir a costa de los demás y quien asumirá un papel de conformismo, de trabajo para que los demás vivan mejor que él o ella ¿De qué depende esta elección? ¿Existe de verdad una opción a tomar? El carácter que probablemente tiene mucho que ver en todo eso ¿cómo se forma? ¿Se puede cambiar?

Estas cuestiones no son baladí, pues según respondamos a esta pregunta cambiará la forma de enfrentarnos a problemas sociales o simplemente a cómo organizar nuestra propia sociedad. Hasta la fecha, por ejemplo, nos hemos preocupado (no con mucho éxito, es cierto) de tratar de contrarrestar las desigualdades basadas fundamentalmente en la riqueza u oportunidades fácticas y materiales, olvidando que también al interior de cada "clase social o económica" existen verdugos y víctimas, que unos u otros tendrán más fácil vivir a costa de los que se dejen, aun siendo parte de la misma clase. Probablemente la verdadera desigualdad precede o acompaña al hecho económico, y se fundamenta en las creencias, en la forma de situarse frente al conflicto. ¿No existen grupos delincuentes violentos nacidos tanto de clases pretendidamente subyugadas como poderosas? ¿No es verdad que los grupos organizados violentos (sea cual sea su clase de origen) tienen mucho en común y se separan del resto? ¿Qué hace que alguien forme parte de esos grupos y otra persona, en parecidas circunstancias, no "pueda" o no se sienta capaz ni interesado en hacerlo?

Posiblemente, nuestros gobiernos, y por ende todos nosotros, hace tiempo que han olvidado (como rezaba la primera Constitución americana) la necesidad de lograr que se den las condiciones necesarias para que los ciudadanos sean verdaderamente felices, y no meramente sujetos previsibles, susceptibles de ser organizados, clasificados, manipulados. Pero el verdugo olvida que sin víctimas su felicidad sería vana, y una felicidad basada en la infelicidad de los demás no es realmente tal.

Cuenta un famoso chiste que estaba un escorpión mirando cómo podía cruzar un río, cuando vio una rana que tranquila reposaba sobre una piedra al sol. El escorpión propuso a la rana que lo pasara a la otra orilla sobre su espalda, proponiéndole a cambio ayuda para encontrar alimento. “No, repuso la rana, pues si te llevo encima aprovecharás para clavarme tu aguijón y matarme”, “no seas tonta, ranita”, respondió el escorpión, “si te mato moriría yo también ahogado”. La rana aceptó pues viendo lógica la respuesta y considerando segura en consecuencia la situación. Sin embargo, cuando llevaban la mitad del trecho, la rana sintió una fuerte punzada y cómo empezaban a flojear sus fuerzas, mientras se hundía tuvo todavía fuerzas para preguntar: “¿por qué lo has hecho?, ¿no ves que vamos a morir los dos?”. “Lo siento”, respondió el escorpión, “no lo he podido evitar... ¡es mi carácter!”. Lo cierto es que más que un chiste resulta una realidad el hecho de que existen personas “encantadas” de su carácter a pesar de los problemas que les causa y sobre todo ocasiona a los demás. “¡Es mi carácter!”, gritarán, como el escorpión, a modo de excusa de un comportamiento imperdonable, y seguirán tan tranquilos, en el fondo contentos y satisfechos de poder agarrarse a algo aunque sea tan estúpido como eso.

Pues bien, del carácter (al que podríamos referirnos también como “talante”) vamos a hablar en las líneas que siguen, de esa fuerza que nos domina y que se resiste a ser cambiada. Profundizaremos en su contenido, en su origen, en sus límites, en su significación para el hombre y para la sociedad en que se agrupa, y sobre todo en los conflictos internos y externos que provoca. Estamos firmemente convencidos que se trata de un asunto clave, primordial, previo a cualquier otra disquisición psicológica, filosófica o sociológica. Pero precisamente porque pretendemos aportar algo nuevo al debate y somos conscientes de lo mucho que ya se ha escrito, partimos de un enfoque multidisciplinal o, más exactamente, de una superposición de enfoques mediante la cual trataremos de abrir algunas vetas de originalidad en el discurso establecido y presentar algunas conclusiones cuando menos provocadoras. En realidad, aunque la especialización se haya convertido en necesaria debido a la vasta extensión del conocimiento y las limitadas capacidades del individuo, ha quedado constatada asimismo la incapacidad de una sola disciplina para dar respuestas globales y

omnicomprensivas a problemas complejos. Estimamos que el hombre, su carácter, y la lucha subsiguiente que se produce, es uno de esos problemas complejos.

Cuatro enfoques hemos utilizado en este análisis: el enfoque filosófico (qué es el hombre), el enfoque psicológico (cómo se forma el marco cognitivo y la personalidad, tipos de hombres), el enfoque sociológico (el hombre y la sociedad, cómo interactúan) y el enfoque cuántico, relativista y holístico (que tiene en cuenta la interrelación entre el observador y lo observado, así como su sometimiento a las leyes que gobiernan la energía, sustancia de que están hechas todas las cosas, incluida la mente). La doctrina y bibliografía manejada para este estudio reflejan igualmente ese carácter interdisciplinal y de diálogo, abarcando desde las humanidades hasta las ciencias naturales.

Por último, y antes de adentrarnos en el objeto sustancial de este ensayo, creemos necesario insistir un poco más en la utilidad, contenido y límites del enfoque multidisciplinal que aquí adoptamos.

2. Algunas observaciones sobre la necesidad del enfoque multidisciplinal.

2.1 La imposibilidad de analizar fenómenos complejos con métodos unidireccionales.

Como es de sobra conocido, el prof. Khun, defendió, en su libro *"The Structure of Scientific Revolutions"* que la historia de la Ciencia no es gradual y acumulativa, sino que viene interrumpida por una serie de cambios, más o menos radicales, de "paradigma".¹ Aunque el propio Khun consideró cuestionable que su teoría pudiera aplicarse sin más matices a las Ciencias Sociales, lo cierto es que un número importante de autores lo ha intentado.²

Ese objeto, al menos entendido en sentido amplio, puede ser el mismo y definido de manera "dialogada", si queremos hablar de comunicación inter-disciplinal, cuestión que estimamos necesaria para enfrentarse adecuadamente a los retos que la sociedad debe afrontar. ¿Por qué el objeto de cada disciplina debe ser necesariamente distinto si cada una aspira a estudiar la misma realidad, lo que ocurre en la práctica? ¿No puede

encontrarse una definición común del objeto compartido? Otra cosa distinta es que obviamente el mismo objeto sea analizado desde diversas ópticas, metodologías, culturas, con distintos enfoques, que cada uno de los numerosos estudios posibles, dentro de cada disciplina, seleccione un aspecto concreto de esa realidad compleja y amplia, un objeto en sentido estricto, que como tal sería variable. Por ejemplo, un análisis jurídico podrá elegir si hacer más hincapié en las normas o en las sentencias judiciales, pero también en el proceso que llevó a producirlas, o a lo que pasó después en su aplicación práctica; podría ampliar o reducir su objeto, según convenga al enfoque adoptado o a lo que se pretenda demostrar en cada caso.³

Todo ello es, precisamente, lo que enriquece, permite y hace necesario, el diálogo y la comunicación entre disciplinas. En este sentido, los nuevos paradigmas están condenados a entenderse, pues siempre son parte de otro paradigma más amplio. En caso contrario, incluso la supervivencia de las disciplinas que los sustentan podría correr serio peligro.⁴ Otra cosa es si una comunicación interpenetrativa deba ser simétrica o asimétrica, lo que podrá determinar la primacía de una disciplina sobre la otra. Ello dependerá precisamente del enfoque y ámbito concreto, recordando que en cualquier caso todo diálogo se establece en el contexto fijado por las reglas del juego.

De hecho, un autor tan poco sospechoso como Werner Heisenberg, premio Nobel de física y autor del famoso “principio de incertidumbre”, señalaba refiriéndose a la posible comunicación entre la física y la filosofía que “...en la historia de pensamiento humano los desarrollos más fructíferos frecuentemente ocurren en esos puntos donde dos distintas ramas del conocimiento se encuentran”.⁵ Se podría pensar inocentemente que filosofía y física podrían tener, tanto desde un punto de vista metodológico como desde el objeto de estudio, una relación más difícil que otras. Sin embargo, si realizamos un rápido examen de la doctrina y postura de los defensores de uno u otro ámbito, la conclusión a primera vista es que la mayoría de los sectores/sistemas funcionan como compartimentos estancos cuando no de bandos enemigos a la espera de la derrota o debilitación del contrario. De hecho, las teorías sistémicas aparecen hoy muy matizadas a la luz de las teorías de la comunicación y de la generación del discurso legítimo. Desde este presupuesto, Jürgen Habermas ha reconocido, por ejemplo, la

especificidad del sistema jurídico, dado su papel integrador y transformador de la sociedad, de la que proviene y a la que va dirigida aspirando a ser aceptado y cumplido.⁶ Como mínimo, incluso considerado como sistema, debe calificarse de sistema abierto a la comunicación con otros.⁷

Por otra parte, se aprecia en el discurso socio-filosófico cómo un grupo de autores y actores públicos toman partido por la descalificación, de forma clara o matizada, de las opciones representadas por “el otro”, simplemente porque provienen de una disciplina o ámbito del conocimiento distinto. Dos sistemas que trabajan sobre la misma realidad deben al menos presentarse como no contradictorios, lo cual exige algún tipo de comunicación entre ellos. Puede afirmarse, en términos generales, que todo sistema organizado vivo que no cambia, aprende y evoluciona, tarde o temprano, entrará en una situación de parálisis y tenderá a desaparecer.⁸ Como consecuencia, la habilidad “permanente” para aprender es probablemente la única vía que tienen las instituciones para anticipar y evitar, en su caso, su propio fracaso. De otro modo, serán crisis de gran envergadura las que forzarán a dichas instituciones a hacer propias lecciones quizás demasiado duras, tardías y, por tanto, costosas de interiorizar.

Un proceso de aprendizaje comienza, como es bien sabido, por establecer mecanismos de retroalimentación que permitan reducir los potenciales errores, para poder converger así al objetivo que se busca.⁹ De todas formas, ningún proceso de aprendizaje puede limitarse a su vertiente “interna”, pues sólo la capacidad de trasladar y traducir ideas y experiencias de otras áreas puede evitar que se pierda la perspectiva. Aunque los impedimentos para aprender y comunicarse con otras áreas distintas son muchos, nos vamos a referir seguidamente, en particular, a dos de ellos: el lenguaje especializado y el condicionante cultural. Ambos presentan una gran relevancia para impedir o facilitar la comunicación entre sistemas, verdadero requisito previo para cualquier intento de aprendizaje mutuo. De otro modo, podríamos simplemente declarar, que cada comunicante vive una realidad completamente distinta o, parafraseando a Stuart Kauffman, que “sabíamos demasiado poco del otro para poder empezar a dudar de nosotros”.¹⁰

Por último, adoptar un enfoque multidisciplinal nos impide abusar de tecnicismos y oscurantismos, elementos normalmente utilizados más que para intentar demostrar vanidosamente un aparente dominio del lenguaje, en realidad para, tras el velo de la confusión, ocultar nuestra ignorancia. Y es que un requisito para el apredizaje mutuo es que el lenguaje que se utilice pueda ser comprendido por muchos y no sólo por los que se protegen por el mismo código de referencia. Igualmente el lenguaje es parte de un sistema cultural más amplio que nos condiciona y puede condicionar nuestro discurso. En los siguientes sub-apartados profundizaremos un poco más sobre estas cuestiones.

2.2. ¿Lenguajes especializados o códigos cifrados?

El lenguaje, como es de todos sabido, se formó en la época prehistórica de la raza humana, precisamente como medio de comunicación y base del sistema de pensamiento. Sin embargo, ese mismo lenguaje presupone un límite a nuestra capacidad de comprensión y expresión, así como una fuente de posible confusión y conflictos. Ya en la filosofía griega el problema del concepto y función del lenguaje y las palabras fue un asunto objeto de profunda reflexión.¹¹ Si dos personas no comparten un lenguaje “común”, la comunicación y comprensión entre ellas, bien se convierte en imposible, o requiere una traducción. Precisamente, una de las consecuencias de la especialización del lenguaje es esta dificultad.

Nadie duda de que un cierto lenguaje técnico viene exigido por la propia naturaleza de la investigación científica, que descubre y crea nuevas visiones de la realidad. El interrogante que surge es qué parte de esta “especificidad” deriva directamente del objeto y método particular de cada disciplina, y cuánto es consecuencia de una actitud simplemente defensiva que “construye” una pretendida autonomía de cada sistema alrededor de un verdadero “criptograma”. La teoría sistémica, tomando una visión formalista y más bien positivista, presenta, en ocasiones, a los sistemas modernos como un cuerpo coherente, cerrado, idealmente autónomo, donde actúan casi exclusivamente los profesionales y expertos, siguiendo un método especializado, basado en una lógica, normativa y analítica, particular que integra y construye el “discurso” propio del sistema. Aunque como modelo teórico ha realizado importantes contribuciones al

análisis de la realidad social, esta versión rígida de la teoría sistémica ha sido criticada, desde diversos sectores, por simplificadora, y, de hecho, todos los sistemas aparecen en mayor o menor medida interrelacionados.¹²

Por otra parte, aunque un lenguaje especializado no resulta nunca completamente independiente de la lengua común utilizada por la sociedad, la traducción de palabras utilizadas en un sistema a otro distinto tiende a dotarlas de nuevo significado y función, haciendo de la comunicación de nuevo una ficción y posible fuente de confusión. Con todo, todos los sistemas pueden ser considerados de forma cerrada y estricta, o abierta y teniendo en cuenta un punto de vista más amplio.

2.3. El condicionante cultural.

La cultura nacional o profesional de quien se acerca a estudiar o analizar otro sistema puede resultar determinante a la hora de condicionar sus percepciones y conclusiones. Así, ciertos sistemas de “creencias” desarrollados en una determinada profesión pueden crear rígidos juicios parciales, que actúan como barrera para cualquier proceso de aprendizaje, ya que *“true believers tend to see what they expect and hope to see”*.¹³ No obstante, este “condicionante” profesional puede convertirse en verdadera “deformación” cuando se traduce en resistencias a leer o estudiar en profundidad libros y estudios realizados por autores pertenecientes a otro campo de conocimiento, aunque no sin embargo a realizar su crítica.

También resulta importante observar la función que cumple la “cultura nacional” de los diversos actores. Este hecho es conocido entre los comparatistas, que encuentran dificultades a la hora de comparar de manera objetiva distintos sistemas nacionales, ya que implícitamente tienden a relacionarlos cualitativa y conceptualmente con el suyo de origen, que es el que creen comprender mejor y el que toman como punto de referencia, ya para encumbrarlo, ya para criticarlo. En este sentido, el profesor holandés Hofstede en un estudio de gran interés, no sólo ha llegado a demostrar que la cultura nacional influye en el tipo de soluciones y análisis que ofrecen los distintos profesores y expertos, sino que llega a la conclusión de que cualquier estudio, para poder ser

correctamente comprendido, debe comenzar con una declaración por parte de su autor, de qué sistema de creencias, formación y experiencias personales le sirven de punto de partida para su análisis.¹⁴

Todos los comentarios precedentes nos permiten llegar a una importante conclusión: no se debe tomar la opinión de un (o unos) determinado profesor, escuela, directivo, manual, tribunal, como único punto de referencia para comparar dos sistemas o acercarnos a un campo del conocimiento que desconocemos, sino que hay que analizar qué lugar ocupa dicha postura en relación con la miríada de puntos de vista diferentes que sobreviven y conviven en el interior de cada disciplina, rama o área. Obviamente, dependiendo del tamaño territorial y amplitud de definiciones que utilicemos en la muestra, el número de posiciones seriamente sostenidas será mayor o menor. En otras palabras, ni todos los expertos de una determinada rama piensan lo mismo, ni utilizan el o los mismos conceptos, ni los teóricos y prácticos aplican una única receta. Ello no les quita valor científico, sino que admite la realidad de un debate permanente de ideas y los deja situados en su justo lugar, el de las Ciencias Sociales.

Por lo que respecta a nosotros, los autores de este ensayo (y dada la influencia que aceptamos del observador sobre lo observado), debemos comenzar por realizar una confesión abierta sobre las condiciones que concurren en nuestras personas y perfiles, pues todo texto pensado y escrito no deja de ser trasunto del contexto previamente vivido. Ambos compartimos experiencias vitales complejas en varios países, ambos conjugamos una formación sólida académica formal junto con intereses variados que nos han llevado a estudiar y profundizar autónomamente en distintas disciplinas. Hablar del hombre significa no sólo poder teorizar sobre él (lo que está o debe estar al alcance de cualquiera), sino haberle “tenido presente”, haberle sufrido en ocasiones intensamente, haber interactuado con él sin ideas preconcebidas, con ánimo de búsqueda, de querer comprenderlo, de desear sentirlo vivo... Esto puede bastar, creemos, para que el lector se pueda hacer una idea del contexto personal en que se mueven nuestros modelos cognitivos y creencias.

3. ¿Qué es el hombre?

3.1. El carácter como elemento definidor del hombre.

¿Quién es ese ser que mira al mundo con ojos que aspiran a comprenderlo y manos capaces de cambiarlo? ¿Es realmente igual un hombre que otro? El hombre es el primer animal que se plantea cambiar la naturaleza, el mundo exterior para poder ser feliz, y por tanto choca o entra en conflicto con el orden implicado, ya que se convierte en un ser que ansía influir “activamente” en el proceso de la creación y no ser un elemento pasivo más (como el resto de los seres inferiores) de ésta. El hombre es el primer (o el último según por dónde empecemos a mirar) ser con capacidad e interés en participar y colaborar activamente en la creación/recreación, y por tanto, por ser el primero, también es el menos capaz y sabio de todos los seres potencialmente creadores.

Es verdad que desde la Revolución francesa, la sociedad occidental ha luchado por aceptar que todos los hombres y mujeres son iguales. Nada que objetar a que todos tengan o aspiren a los mismos derechos o que “deban removerse los obstáculos que impiden o dificultan la plenitud” potencial de tales derechos (como señala el propio texto constitucional español), pero para hacer una afirmación ontológica radical en términos calificadores igualitarios, antes debe uno ser capaz de llegar a un acuerdo de qué es el ser humano, la entidad sujeta a comparación con “el otro”. No entraremos en la cuestión del grado de inteligencia, y su esencia natural o adquirida en cada hombre (lo que nos llevaría a tener que definir qué entendemos por inteligencia), cuanto en el hecho de que resulta patente que un hombre no es igual a otro, al menos por lo que se refiere al carácter. Y el carácter, eso es lo que defendemos en este escrito, no es un elemento baladí o accesorio de la definición ontológica de hombre sino una parte sustancial o esencial de éste. De manera que de un hombre que tiene un carácter distinto a otro, puede afirmarse que de alguna manera se separa del subgrupo de éste.

Hombre/ser humano podría ser definido también como el ser que ha alcanzado el mayor grado de desarrollo hasta la fecha en el planeta tierra, en una escala evolutiva probablemente no acabada. El hecho de que sea el propio hombre y no otro el que haga esa afirmación sobre sí mismo, vicia sin embargo el grado de objetividad y desapego necesarios en toda afirmación con pretensiones científicas, pero éste es un problema que

hoy por hoy no tiene solución, al menos al nivel de conocimiento en que nos encontramos.

¿Pero acaso puede decirse que acaba el proceso evolutivo con el “hombre”? Parece cierto que si el hombre ha llegado hasta aquí “evolucionando” a lo largo de un proceso temporal, es lógico pensar que dicha evolución no se ha parado pues el tiempo, del que es trasunto, tampoco lo ha hecho. En otras palabras, el hombre no parece ser un punto final de llegada sino más bien un punto de paso hacia otras metas futuras (y por tanto, potencialmente, otros seres cada vez más “evolucionados”). Probablemente, en un futuro lejano cuando ese otro ser más evolucionado surja volverá hacia atrás y mirará con sorna a antecesores tan graciosos, engreídos y atribulados, sobre todo por la importancia que se daban. En realidad el mundo se divide en dos tipos de hombre y, por tanto, de caracteres: los que promueven e impulsan esa evolución (innovación) y los que con su actitud y actuación colaboran a su retraso o simplemente la obstaculizan (imitación). Es bueno que cada uno sepa dónde se encuentra.

Por otra parte, podríamos preguntarnos: ¿existe una línea evolutiva “modernizadora” o “mejoradora” de los caracteres? O, por el contrario, ¿debe defenderse un “eterno presente” en esta materia? Ello sería así, por ejemplo, si los distintos caracteres se mantuvieran estables a lo largo del tiempo, en términos porcentuales en relación con la población. Es decir, en el Imperio romano habría la misma proporción de creativos, agresivos, imitadores, miedosos, osados, sensible, afables, optimistas, pesimistas, etc, que hoy. Por tanto, la evolución del hombre, desde este punto de vista, sólo sería física (o de apariencia) y tecnológica, pero no caracteriológica, ni probablemente emocional.

Hipotéticamente podríamos imaginarnos una especie humana con un carácter único o muy similar, pues no parece que detrás de la diferenciación del carácter humano se encuentren razones biológicas o de conservación de la especie. Uno puede defender que el ser humano sea bípedo, o conserve brazos largos dotados de manos con cinco dedos agarradores, por razones explicables debido a su mejor adaptación al medio o para aprovechar mejor los recursos. Sin embargo, difícilmente pueden encontrarse razones claras a por qué hay personas con carácter sensible y otras con carácter agresivo.

En puridad, de acuerdo a los razonamientos más ortodoxos de la teoría de la evolución, las personas de carácter débil hace tiempo que deberían haber dejado de existir al haber sido devoradas por aquéllos de carácter más fuerte. Sin embargo un mero análisis histórico nos demostrará que la existencia de caracteres variados se ha convertido, si no lo ha sido siempre, en una característica estructural intrínseca a la especie humana, una característica que en sí misma resulta esencial para el funcionamiento de la “sociedad humana” tal como la conocemos, y que la permiten diferenciarse al mismo tiempo, hipotéticamente, de otras posibles especies. En cualquier caso, esa diferencia de caracteres llama al conflicto y a la guerra de personalidades, hasta el punto de que desgraciadamente puede llegar a afirmarse que el conflicto es un elemento esencial de la evolución. Ahora bien ¿alguna guerra ha producido realmente evolución? No obstante, si ese “motor” puede ser explicado para la especie considerada como un todo, todavía falta encontrar una explicación y descripción coherente de su existencia “ad intra” de la especie mencionada.

Por otra parte, concentrándonos en el hombre actual de principios de Siglo XXI, podría decirse que se trata de un cuerpo físico complejo dotado de inteligencia, capacidad emocional y carácter. No pretendemos desconocer la importancia de una posible dimensión espiritual del hombre, pero ésta puede entenderse a nuestros efectos, como una diferencia “de grado”, dentro de los mismos elementos que acabamos de señalar, pudiendo existir así: una inteligencia superior, una capacidad de generar emociones superiores y un cuerpo sutil o de alta energía vibratoria.

No obstante, la importancia de dedicar este ensayo al carácter (o personalidad) es que precisamente se trata del filtro que determina cómo el hombre va a utilizar su mente, su capacidad de emocionarse o su propia actuación fáctica. Y ese filtro no es igual en un hombre que en otro. Podría argumentarse que dicho filtro está constituido en realidad por el sistema de creencias cognitivas, sin embargo, lo que sostenemos es que dichas creencias han sido a su vez producidas en función del carácter, hasta el punto de que puede defenderse que no existen dos personas con distinto carácter que puedan tener las mismas creencias. En efecto, aunque los dos pudieran afirmar creen “en lo mismo”, en

realidad lo harían de distinta manera, con matices que a la postre cambiarían de manera definitiva esas creencias.

3.2.- El hombre, la lucha de caracteres y el miedo.

Tras lo visto anteriormente, debemos plantearnos la cuestión de por qué ya no es factible preguntarnos *¿qué es el hombre?*, es decir, por qué ya no es factible dar el salto cualitativo que el imperativo categórico pareció favorecer en su momento histórico, y acompañar esa cuestión y su planteamiento desde el punto de vista de la lucha de caracteres. En primer lugar ¿qué nos supone preguntar acerca del ser del hombre? Supone, estimamos, presentar ante nosotros mismos una nueva interrogación: ¿es el hombre capaz de juicio y, por tanto, capaz de distinguir lo bueno y lo malo, lo hermoso y lo feo, lo correcto y lo no correcto? Y todo ello, si lo distingue y discrimina, y con independencia de los acuerdos o convenios a que en su caso se pueda llegar acerca de la naturaleza de *bueno, malo, hermoso, feo*, etc, ¿lo hará con independencia de lo que opinen los demás que le rodean, e incluso, si se tercia, manteniendo su criterio contra la opinión mayoritaria por molesto y hasta peligroso que tal actitud pueda resultar?

Veamos que si la respuesta es afirmativa, entonces y sólo entonces, podremos preguntar acerca del ser del hombre. En efecto. Si el hombre se deja aplastar su capacidad de juicio y la adapta –bien sea por miedo o por propio interés– al juicio o a la opinión de la mayoría, o incluso, sin ser de la mayoría, al juicio u opinión de los poderosos o dominantes de su grupo social, podremos entonces afirmar que su carácter –considerado en buena medida como la expresión de su juicio– ha desaparecido o se ha integrado en la masa común, no representando entonces ni motivo de conflicto ni siquiera posibilidad de reflexión, si no es acerca de la causa, de los medios y de los fines aparentes (nunca de los reales) de dicho sometimiento.

Sin embargo, ello no quiere decir que esa aparente concordia no encubra la actuación de fuerzas muy poderosas que, en un momento dado, pueden hacer que la situación cambie radicalmente. Pero entonces, difícilmente será ya el individuo el agente de ese cambio,

sino la transformación dialéctica que la lucha de contrarios vaya a favorecer en un momento histórico dado.

Únicamente se desencadenará una lucha de caracteres (según lo que hemos argumentado), cuando exista una expresión concreta y singular del carácter individual y cuando esa expresión pueda oponerse a la opinión común o universalmente aceptada dentro del grupo social. Los intereses dominantes no desean que el individuo desarrolle su propio carácter y haga actuar su propia capacidad de juicio, ya que ello no siempre resulta favorable al mantenimiento de criterios uniformes y des-interesados.¹⁵ ¿Argumentaríamos injustamente en este caso si dijéramos que los individuos des-interesados, es decir, aquellos que han amoldado su carácter al interés extraño a ellos mismos y extraño a un interés típico del grupo social, no pueden ejercer su capacidad de juicio? Naturalmente, no se trata de negar la posibilidad de elección de dichos sujetos, sino el aspecto que para ellos presentaría, por ejemplo, lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, lo feo y lo hermoso, o, para resumir, lo que se integra en la ley moral, y lo que permanece fuera de ella. Esta es la cuestión principal.

Si todo se desarrolla en esta especie de realidad paralela y arbitrariamente sustituyente o *sustituidora* de la realidad *real* (es decir, de la realidad no manipulada por intereses ajenos al interés general, definido, a su vez, según los criterios de la ley moral), el impulso que en esa otra realidad haría avanzar al hombre hacia el conocimiento del ser (o sea, que le capacitaría no sólo para preguntar *¿qué es el hombre?* sino para poder responder-se, responder *para sí* a esa cuestión), ese impulso bien puede ser sustituido por el miedo. De tal manera, cuando se produzca una confrontación de caracteres en cualquier ámbito donde concurren dos o más individuos, será el miedo el que moverá aquella lucha, no el interés general ni los criterios de la ley moral. Entonces, no es que no vaya a ser posible culminar dialécticamente los tres escalones del imperativo categórico, sino que desaparecerá verdaderamente la necesidad de preguntarse por el ser. El miedo no será, tal vez, siquiera, una posible respuesta, sino aquello que atenaza a la misma voluntad de preguntar.

Por otra parte, la diferencia entre quien tiene miedo (al que podríamos atribuir un carácter dubitativo o tal vez sensible), y el que no (que podría pasar por valeroso o incluso agresivo), es que al primero le importan y preocupan las consecuencias de sus actos y/o omisiones, consecuencias éstas que tiende a imaginar casi siempre aterradoras, es decir se pone en lo peor, temiendo perder en el envite, sea este el que sea. Aquél que presume de coraje, por el contrario, suele tratar de ignorar los efectos que puedan producir su comportamiento o interacción con los demás, y si no tiene más remedio que plantearse dichos efectos (normalmente porque algún otro se lo hace ver), tiende a imaginarse a sí mismo, un tanto infantilmente (aunque ello no reste un mínimo de eficacia al mecanismo) como saliendo victorioso de cualquier circunstancia o evento. Normalmente, uno por exceso, y otro por defecto, ambas actitudes son engañosas, y la realidad acaba en cada caso por sobrepasar las ilusiones y fantasías de uno y otro. Como casi siempre, la solución puede pasar por situarse en una zona equidistante de ambos extremos, cerca de lo que los antiguos denominaban como templanza y prudencia.

4. La evolución del carácter: signo, símbolo y ¿qué más?

Aunque existen distintas acepciones del término carácter, en casi todas ellas aparece una condición –oculta o manifiesta- de marca, de señal, tal vez de signo. Posiblemente, también de símbolo. Podemos hablar de caracteres cuando nos referimos a signos de escritura. También cuando mencionamos una señal o figura mágica o cuando deseamos hacer notar que algo se ha depositado sobre el alma, por ejemplo, en los contactos con lo numinoso o lo sagrado. Cuando hablamos de personas, carácter puede definirse como la índole, la condición o conjunto de cualidades que distinguen a un individuo de los demás, a su modo de ser peculiar, incluso a su entereza y elevación de ánimo o a su condición social, familiar o profesional. En realidad, el hombre se enfrenta al infinito con su mente finita, y para ello crea intermediarios: dioses, signos, símbolos o ángeles. Todo esto le coloca en una posición terriblemente incómoda.

Carácter es, por tanto, una típica manifestación de la polisemia del lenguaje, lo cual, a su vez, es asimismo una manifestación de la multipolaridad de la mente humana, mediada siempre por las influencias venidas hasta ella desde el grupo social, pues quien

juega con las palabras, juega con las ideas. Es así, porque tan pronto escarbamos un poco en el diccionario, surge como de la nada la condición moral de los vocablos, y surgen también los proyectos y planes que, para el individuo, guarda cuidadosamente el grupo social al que pertenece. Cualidades, modo de ser, entereza, elevación de ánimo, condición social, familiar, profesional... en unas pocas líneas de lectura en cualquier obra de consulta elemental relativas al término *carácter*, surge casi completo el imperativo categórico de Kant apoyado en sus tres patas: *¿qué puedo conocer?*, *¿qué debo hacer?*, *¿qué me está permitido esperar?* Desde este punto de vista, el carácter sería la pieza central de la ley moral, porque él nos permitiría – o permitiría tal vez a quien lo poseyera- actuar de modo que la máxima de nuestra/su conducta pudiera devenir una ley general.¹⁶

De todos modos, en la semántica del término parece latir una condición, o un agregado, o una parte, dedicada a significar la diferencia, y tal vez más que la diferencia en sí, la acción de diferenciar, de distinguir; acción muy propia de la estructura dinámica que exhibe el ser humano en su expresión individual y social desde las edades más tempranas. De la acción de diferenciar y distinguir se desprenderá o deducirá bien pronto la *manía clasificatoria* presente prácticamente en todas las actividades humanas. Veamos, por ejemplo, la primera lucha librada por el individuo tan pronto nace o es integrado en el grupo familiar: la definición del *yo*. Puede parecer banal, pero es, verdaderamente, una batalla cruenta, de la que escasas crónicas se guardan, pero cuyas heridas pueden permanecer abiertas y enconadas durante toda la vida del sujeto. De ahí se deduce y segrega un nuevo ser, en contacto con los demás seres del grupo familiar, y ahí se produce también un enorme trasiego de influencias en un sentido y en el otro a través de esa primera y débil frontera de la personalidad, tan precariamente establecida: se trata también de la primera clasificación de los objetos del entorno. Luego, seguirán otras, integrándose en mapas cognitivos cada vez más complejos y elaborados.

Carácter como elemento diferenciador y diferenciante, es decir, propio de una acción reflexiva en la que el sujeto es, al tiempo, agente y paciente. Carácter como elemento más o menos central de la ley moral, es decir, objeto y pretexto siempre para el conflicto, ya que no hay pieza de batalla más instigadora de conflictos que la ley moral.

Carácter como señal y como bandera de un territorio en permanente discusión: el territorio del *yo*. Carácter como medio de re-conocimiento deseado y como agente discordante respecto al grupo, pues el primer objetivo del primer adoctrinamiento que es la educación y socialización del sujeto, será invariablemente *domeñar* el carácter para conseguir la uniformidad.

Un constituyente así ha de tener, por tanto, primero, naturaleza de signo y más tarde, cuando el proceso asimilador de la individualidad esté a punto de completarse, naturaleza de símbolo. El camino que va del signo al símbolo, del rito al mito, de lo externo y visible al *mysterium tremendum* de lo invisible, es en buena medida el camino de la mutación, transformación o cambio en la naturaleza del carácter. Porque cuando tal transformación se complete, ya no habrá carácter, sino pseudo-carácter, de la misma manera que la conciencia habrá pasado a ser falsa-conciencia, y el individuo –aquél que tanto había peleado por su *yo* peculiar y genuino- uno más en el abismo de la *noedad* que puede ser el grupo social.

Los resultados de esta transformación no conducen, por tanto, a la libertad, sino al reino oscuro de la ignorancia y la falsedad del *yo*. Ese es el objetivo de la asunción del carácter como símbolo. Un símbolo no necesita ser entendido en su naturaleza interior, ni tampoco ser analizado ni desarmado en sus partes. El símbolo actúa como una maquinaria dialéctica de transformación. Únicamente necesita poder ser interpretado y ni siquiera con una única teoría interpretativa. Su agente procesador es, así, la hermenéutica.

5. La creación del carácter y sus tipos.

5.1. Los posibles orígenes del carácter.

Podemos continuar profundizando en el análisis del carácter por el lado de su origen, de su procedencia diversa. Aquí encontramos varias posibilidades:

- a) **El origen cosmológico, energético y la influencia de algunos fluidos corporales.**

Una de las primeras explicaciones, aparentemente coherente y omnicomprendiva, que encontramos en el tiempo es la astrológica, ligada al zodiaco, que a pesar de carecer de reconocimiento científico, cuenta con indudable aceptación social, formando parte de alguna manera del inconsciente colectivo. Por lo tanto aunque sólo sea porque forma parte del imaginario social no puede dejar de desconocerse su importancia y función. En efecto, resulta ser muy frecuente que en sociedades tan modernas y tecnificadas como las nuestras, una de las primeras preguntas que se hagan para pretender conocer a un extraño que acaban de presentarnos es a cuál de los doce signos del zodiaco pertenece. Estos doce signos en efecto se corresponderían con matices a doce grupos principales de caracteres.

Aunque en una primera aproximación atribuir al momento de nacimiento y la colocación que ostentan los astros en ese instante parezca una explicación científica, en realidad, no deja de ser una consecuencia, de alguna manera lógica, del hecho de que todos los cuerpos emiten energía, y que los cuerpos de masa muy grande, como son los planetas, emiten energía en proporción a esa masa. Al estar el bebé protegido por el cuerpo de la madre durante el proceso de embarazo, el momento de salida del útero podría resultar significativo por ser el primer instante en que las vibraciones energéticas llegarían con mayor intensidad al feto que, podría quedar de esta manera marcado en su constitución más sutil, fundamentalmente mental y emocional. No estamos, sin embargo, defendiendo el carácter exacto de las doctrinas zodiacales, cuanto de explicar que no tienen por qué considerarse “a priori” como contrarias al espíritu científico, cuando el desarrollo de la física cuántica reconoce el papel que juegan las vibraciones energéticas en la realidad física (vgr. principio de incertidumbre). Por otra parte, cabe recordar que hubo tiempos en que la astrología no se diferenciaba de la astronomía, y que más recientemente figuras tan notables como C.G. Jung han venido a reconocer la importancia de los astros en la composición del individuo al hacerse eco de la doctrina de Paracelso.¹⁷ De esta manera, también se explicaría el grado de aceptación social de que gozan ese tipo de teorías.¹⁸

Por otra parte, queda asimismo sin resolver la cuestión de por qué la evolución de la humanidad ha hecho necesario que existan ocho grupos diferentes sanguíneos, cuando esta diferencia es en principio un obstáculo para la medicina, para las transfusiones, etc... El origen parece estar en ciertas tribus cuya distinta forma de vida habría producido alteraciones, llegando a la conclusión de que el grupo AB es el más reciente. Sin embargo, la evolución de las formas sociales no ha producido que se vayan unificando los tipos sanguíneos, como inocentemente se podría presumir. Además, la sangre no sólo es portadora del ADN, sino que es el fluido representante de la vida por excelencia. Una sangre diferente, ¿no es sinónimo de una personalidad diferente? No nos referimos, obviamente a cuestiones tales como la pureza de la sangre o a la raza, cuanto al hecho de que dentro de todas las razas, de todos los grupos sociales, existen personas con grupos sanguíneos distintos. ¿Cuál es la razón de esas diferencias? No parece que sea estrictamente biológica, ni de evolución, ni de adaptación social. Por otra parte ¿es un tema baladí? No parece que ningún hecho biológico sea baladí, todo tiene su efecto, sus consecuencias. ¿Cuáles serían, por tanto, las consecuencias de tener un grupo de sangre distinto? ¿Ninguna? ¿Estamos realmente seguros de ello? Lo que parece cierto es que es un tributo más a la diferencia, no en el sentido de hacer a unos mejores que otros, no, sino simplemente de hacerlos diferentes, con el ánimo de que el conflicto perdure y se mantenga. Cuanto menos, parece claro que no puede rechazarse sin más una posible influencia en la personalidad de cada uno.

Por otro lado, lo mismo o parecido, cabría decir de las hormonas, componentes proteínicos y otros productos químicos que forman parte de la base biológica de nuestra existencia. La testosterona, por ejemplo, es sinónimo de “virilidad”, y la proporción de su presencia en el cuerpo determina o puede determinar conductas más agresivas o violentas. ¿Qué grado de libertad le queda al hombre frente a sus propios componentes orgánicos?

b) El carácter como producto del inconsciente (colectivo).

Como es bien sabido el descubrimiento oficial de que existe una parte importante de nuestra mente que conforma el llamado inconsciente, y que dicha parte influye

decisivamente nuestro comportamiento se debe a la obra de Freud, completada y matizada de forma importante, según nuestra opinión, por Carl G. Jung. En este sentido, importa destacar que la capacidad de soñar en el niño-bebé precede a la de razonar y/o reflexionar, y su lloro más impulsivo es una llamada clara del inconsciente. Por tanto, el inconsciente, que nos conecta a nuestra cadena de ancestros y al marco simbólico del universo precede al consciente, sin perjuicio de que ese inconsciente heredado se complementa posteriormente con nuevas experiencias que ya vive el sujeto consciente y que se agregan, por así decir, al anterior.

Pues bien, podemos considerar sin duda que el carácter, nuestro carácter, ya se encuentra en los pliegues del inconsciente de nuestra mente. En efecto, según Jung, el psique con que venimos al mundo no está vacío o sin contenido, sino que el niño nace, y reproduce en sus primeros años, varios arquetipos.¹⁹ Así, en “El origen de la tragedia”, Nietzsche señala en este punto tan poco definido como escasamente estudiado de la “evolución” humana los inicios de la explicación del mundo y del surgimiento de los dioses en la Grecia antigua, y asimismo la lucha entre el “principium individuationis” y el delirio –representado por lo dionisiaco– que quiebra ese principio.²⁰ El origen plural del carácter llevaría en sí, por tanto, esa huella de los tiempos anteriores a la conciencia del “yo”, la impronta de un periodo oscuro y esforzadamente “olvidado” a través de las presiones estructurantes del grupo social y de la socialización propiamente dicha. No obstante esa reconstrucción o remodelación estética de un pasado durante el cual el “orden titánico divino del horror frente a lo terrible o absurdo de la existencia” se transformó en un “orden olímpico divino de la alegría” mediante el impulso del instinto apolíneo de la belleza, todavía puede expresar sus consecuencias tanto en el plano social (elaboración de mitos), como en el plano individual (lucha de caracteres).²¹

c) El origen hereditario vía ADN.

Más recientemente el descubrimiento y decodificación de la cadena de ADN, permite conjeturar que esa especie de programa informático que nos acompaña desde que nacemos incluiría (dentro del genotipo y fenotipo) no sólo las características de la especie y nuestras propias características físicas, sino también lo que podríamos llamar

“huella caracteriológica”. No obstante, postular esa condición hereditaria demasiado rígidamente, dejaría sin respuesta por ejemplo el hecho evidente de que varios hijos de la misma pareja puedan ostentar distintos caracteres. Habría que considerar tal vez que el transmisor genético es consecuencia de un proceso de múltiples niveles de complejidad a cuyo través, en las posibles combinaciones de los ADN de los dos padres sometidas a las influencias del entorno físico y social, se encontrarían en realidad, como respuesta, todos los posibles caracteres.²² De esta manera, la transmisión hereditaria no sería tanto de padres a hijos cuanto de generación a generación, si bien los padres resultarían ser canales o instrumentos cualificados para esa transmisión. La influencia de los padres más directa vendría posteriormente por el ejemplo y la imitación. Así, este razonamiento explicaría que pudieran surgir hijos con alto grado de inteligencia de padres que no expresaban estas características y viceversa, o la existencia de la tradicionalmente llamada “oveja negra”.

También esta explicación podría entenderse compatible con las tesis jungianas del inconsciente colectivo, y por lo tanto grupal, siempre presente aunque tal vez no siempre igual.

d) Un origen adquirido: entre experiencias y “casualidades”

Que el carácter puede ser la consecuencia de un proceso de formación que dura los primeros siete años es la tesis más coherente con el psicoanálisis freudiano. Es también la explicación más acorde, en una primera aproximación, con la posible existencia de libertad humana. Lo que deberíamos investigar aquí es cómo exactamente se adquiere la personalidad y el carácter. Siguiendo los presupuestos freudianos parece que la relación con los padres, y con el sexo y género que cada uno tenga, influirán de manera importante (si bien el psicoanálisis posterior a Freud, supera una cierta obsesión excesiva con el sexo relegando en parte su importancia) en la formación del carácter. Pero también funciona dicho axioma curiosamente en sentido inverso: en función del carácter que cada uno ya tenga al nacer (predisposición hereditaria) y las circunstancias que rodeen al niño (trato sexual de los miembros cercanos de la familia) el sexo tendrá una influencia u otra sobre el individuo.

No obstante, también podemos cuestionarnos que el proceso de formación del carácter tenga alguna lógica o sistematicidad. Por el contrario, más bien parece un cúmulo de encuentros y experiencias casuales o fortuitas y su posible impacto en el niño lo que determina que surja un genio, un zoquete o una persona normal, pudiendo compartir todos ellos el mismo género, los mismos progenitores, ciudad de nacimiento, ambiente social y escuela. Así, por ejemplo, se dice que en la formación de Albert Einstein –que tuvo dos hermanos completamente “normales” (calificativo que podríamos entender aquí como sinónimo de “vulgares”) –, pudieron influir decisivamente unos librillos que le pasó un tío suyo y que trataban de acercar la ciencia a los niños. Al parecer esos cuentos causaron una honda impresión en él, ya que en ellos se encuentran esbozadas algunas de sus tesis más famosas que expondría con mayor rigor años después.²³ Pues bien, ¿qué habría ocurrido si Einstein no llega a leer esos “comics”? ¿Nos habríamos perdido un genio? Probablemente nunca lo sabremos.

Existen otros factores todavía más contingentes, como las burlas de los compañeros del colegio por diversas razones (la burla siempre encuentra motivos), un castigo que se percibe como injusto, una pelea que se pierde o se gana, una película que causa una honda impresión, un refrán del abuelo o de la abuela, etc... El carácter se forma también por imágenes que tienen la fuerza de impresionarnos y que “marcan” nuestra memoria.

En definitiva, todo resulta demasiado complejo y polifacético para poder ser reducido a un esquema. En cualquier caso, como sostenía Stendhal, “todo puede ser adquirido en soledad, excepto el carácter”.²⁴ En otras palabras: necesitamos de los demás, aunque lamentablemente sea por el conflicto que provocan en nuestras débiles máscaras.

e) Un origen plural.

En conclusión, lo más probable es que el carácter tenga un origen mezcla de todos los anteriormente vistos. Por tanto, una vez sentado eso, la clave que nos debe interesar responder es si una vez formado el carácter éste es susceptible de ser cambiado y cómo. Y de sí, por ser un elemento conformador de la especie humana, el hecho de que una

persona pase de víctima a verdugo, pasa por que otra haga el camino inverso o no. Todo ello parece estar implicado en el ámbito de un gran proceso estructurador cuyo resultado es la individuación. Ese proceso viene a ser como un gran “rond-point” o encrucijada donde coinciden a su vez otros procesos de gran importancia para el sujeto humano y para el grupo social. Aunque, luego en el apartado seis volveremos sobre esta cuestión, permítanos el lector, profundizar en algunos elementos que pueden condicionar de forma sustancial el carácter y su ejercicio.

f) El miedo, la ignorancia y el sentido de culpa como condicionantes del carácter y de su ejercicio.

Podemos encontrarnos ante un razonamiento circular: un tiene miedo debido a su carácter, pero justamente ese miedo le impide cambiar o modificar su carácter. Por otra parte, el hombre es profundamente ignorante en cuanto al proceso de formación de su propio carácter, máxime en los primeros años cuando éste se forma con mayor rapidez. E incluso, pasados los años, cuando en pleno período de madurez el hombre mira hacia atrás, sigue sin estar muy seguro de cómo ha llegado a ser quien es. Ahora bien, si el hombre es esclavo de su carácter, de su miedo y de su ignorancia, ¿qué capacidad moral puede predicarse de semejante ser?

Dado que el miedo está directamente relacionado con el mal, cabe preguntarse: ¿Cuál es el hecho/acontecimiento primigenio que impulsa/provoca al hombre a lanzar su puño contra otro hombre? Porque en ese hecho probablemente surgió al mismo tiempo la ira y el miedo. ¿Cuándo fue el momento primero en que el hombre (y su dios) aceptó permanecer impasible frente a la violencia, la mentira, el dolor y la ignorancia? Cuando el hombre (y su dios) encontró una justificación a esos hechos, por muy rebuscada que fuera, probablemente nació el mal.

El miedo también se hereda, podríamos decir que hasta se mama. El miedo penetra por la piel, pero tras varias generaciones de miedo transmitido de padres/madres a hijos/hijas, el temor se acaba al enfrentarse al elemento rebelde, el hijo/a que decide hacer frente al progenitor transmisor/mantenedor del temor, lanzando la bandera del

arroyo, del valor, y surge así una nueva generación de osados, decididos, emprendedores, que durará durante cierto tiempo, hasta ser vencida por el fracaso y la derrota, volviendo así a descubrir el miedo de sus ancestros. Por otra parte, el engaño permite mantener los caracteres más fútiles, así, por ejemplo los hombres y mujeres siguen siendo estúpidos porque siempre hay alguien (tanto o más estúpido) dispuesto a enamorarse de ellos, haciéndoles creer lo contrario ¡flaco favor!

Tal vez convendrá mencionar también el “miedo del dios”. En la invención del dios o de los dioses, el ser humano plasma sobre todo y principalmente su miedo, de manera que el miedo humano se amplifica y resuena universalmente como el miedo del dios. Ese miedo amplificado, estructurado y socializado, puede proyectarse de manera muy violenta sobre los demás. En los mitos y leyendas aparece configurado a través del temor experimentado hacia lo Numinoso, es decir, hacia la parte oscura de nuestro Ser. Asimismo, suele personalizarse en personajes como los diablos y las criaturas de la noche. Pero si nosotros sabemos del miedo del dios, seremos tan poderosos como él, porque el dios sabe también que la conciencia humana de ese miedo puede destruirlo con mayor eficacia que ninguna otra cosa.

El miedo del dios –por tanto, la aposición (término entendido en el sentido que señala Carmelo Lisón en su libro *Antropología social de España*) simbólica de nuestro miedo– permite mantener y justificar un determinado modelo de “orden del mundo”, transponiendo uno de los resultados de ese miedo –la culpa– hacia los sistemas morales que sostienen el entramado convivencial de nuestra cultura. Nietzsche es uno de los principales denunciadores de ese engaño –junto con Marx– y pone en evidencia la hipocresía que lo mantiene cuando se pregunta “cómo vino al mundo esa otra “cosa sombría”, la conciencia de la culpa, toda la mala conciencia”.²⁵

Por último, importa destacar al sentimiento de culpa, y la vergüenza que lo acompaña normalmente, como otro elemento importante a la hora de perfilar el carácter de una persona. De hecho, como veremos en el siguiente apartado, el grado de culpa que pueda inferir un individuo en otro está directamente relacionado con su poder de manipulación y dominación sobre éste. Es decir, siempre que nos dejamos sentir culpables (no

responsables) o padecer vergüenza, existe alguien o algo que nos está manipulando, y por tanto, maniatando la posible expresión del carácter.

5.2. La familia: ¿escuela insustituible de caracteres o núcleo represor de originalidades?

Como es sabido, en Occidente al menos, la estructura social se organiza alrededor de un modelo de familia monoparental, bajo contrato indefinido de duración, si bien susceptible de ruptura legal casi siempre traumática. No entraremos en las razones culturales, económicas y religiosas, por las que dicho modelo se ha convertido en el dominante y casi exclusivo de la organización social, pero sí analizaremos la consecuencia de atribuirle en “quasi” monopolio la reproducción de la especie humana y la educación de los nuevos seres que vienen al mundo. Sobre todo queremos ver si sigue siendo cierto que dicho modelo familiar es el mejor ámbito de formación para los caracteres de los niños.

Lo que parece evidente es que los padres y su relación entre sí y con sus hijos son uno de los elementos más decisivos en la evolución del carácter de los niños, otra cosa es que esa influencia sea siempre positiva. El primer punto de discrepancia lo encontraríamos en el psicoanálisis, que presume que gran parte de los traumas del adulto se encuentran en una mala o difícil relación con los padres, que pueden esconderse en el inconsciente, pero que aparecen desgarradoramente tras algunas sesiones en el diván (casi siempre demasiadas).

La segunda discrepancia aparecería al demostrarse falsa la afirmación de que el niño necesita contar con el modelo del padre y madre tradicional para crecer sano y equilibrado, de manera que la falta de uno o los dos progenitores podría ocasionar serias carencias en la formación del individuo. Por el contrario, cuando buceamos en la biografía de “grandes hombres”, entendiendo por tal concepto aquéllos que han empujado al mundo a avanzar, encontramos algunas sorpresas bastante curiosas. Baste para ello una pequeña muestra, invitándose no obstante al lector para que profundice, si así lo estima oportuno, en esta investigación: Edgar Allan Poe, perdió a sus padres, que

por cierto eran alcohólicos, siendo pequeño, se crió con padres adoptivos con los que tuvo una relación desapegada; Blaise Pascal, perdió a su madre siendo muy pequeño; René Descartes, perdió a su madre siendo muy pequeño; Leonardo Da Vinci, fue hijo bastardo y su madre le abandonó siendo bebé, su padre (notario acomodado de La Toscana) ejerció más de tutor (financiando su educación a distancia) que de padre; Nelson Mandela, perdió a su padre cuando él tenía nueve años, Ramana Maharsi, célebre espiritual indú, perdió a su padre a los diez años. También en el seno de la Iglesia católica, encontramos otros ejemplos conocidos de hombres “sabios”, casos como Bartolomeo Sorge (jesuita italiano, teólogo y sociólogo) cuyo padre murió cuando él era pequeño, lo mismo que Johannes Schasching (jesuita y sociólogo austriaco), entre otros.²⁶

Con ello no queremos demostrar que los genios u hombres sabios, que se salen por lo tanto de lo considerado “normal” (concepto que se equipara extrañamente y sin justificación a veces a lo “bueno”), deban “necesariamente” perder a su padre o su madre, pues de hecho pueden encontrarse fácilmente otros ejemplos que prueban que esto no es así. No obstante, al menos esa pequeña muestra sirve para probar lo contrario, esto es, que la falta de uno e incluso de los dos progenitores no sólo no es “necesariamente” malo sino que puede ser un marco más favorable al crecimiento del niño, pues prescinde de enfrentamientos innecesarios con quien representa las reglas de comportamiento o te evita exigencias vanas de acomodación a sus perspectivas. En otras palabras, permite un mayor desarrollo del cerebro del niño, simplemente porque se educa en un contexto de mayor libertad y su potencial originalidad encuentra menos obstáculos para afianzarse. No obstante, también hay que constatar que ese espacio potencial de libertad que abre la falta prematura de uno o los dos progenitores (tal vez preferentemente el padre que es quien ejerce más habitualmente la función represora), permite el desarrollo tanto de energías creativas utilizadas para el bien por el hijo/a debido, entre otros factores, a su carácter (en cuyo caso, podemos asistir al nacimiento de un genio, un pensador original o un artista), como también alternativamente puede posibilitar o potenciar el desarrollo de fuerzas destructivas que probablemente estaban ya latentes en el niño (en cuyo caso, surgiría un posible golfo o delincuente). La libertad tiene estas cosas, que puede ser utilizada igualmente para el bien que para el mal.

Hay dos excepciones a esa afirmación políticamente “incorrecta” y es, en primer lugar, cuando uno o los dos padres son personas excepcionales ellas mismas, que conscientes de los límites del modelo, saben inspirar a sus hijos para que encuentren sus propios caminos.²⁷ En segundo término, se encontrarían aquellos casos en que precisamente un enfrentamiento descarnado e incluso violento con alguno de los padres ha servido como campo de batalla necesario para que el carácter del niño se fortalezca. Sin embargo, en este caso, dicha fortaleza, precisamente por provenir de una anomalía estará normalmente plagada de contradicciones y peligros, cuando no se convertirá en una rebeldía simplemente auto-destructiva.

En cualquier caso, la familia resulta un instrumento muy útil para mantener el “statu quo” de la evolución social conseguida hasta ese momento, que puede servir e incluso de manera eficaz para transmitir los valores aceptados socialmente, algunos de los cuales siguen siendo válidos “en general” (como el valor del esfuerzo y de la auto-disciplina), pero que puede convertirse simplemente en un impedimento para el desarrollo de las personalidades que pueden ayudar o impulsar su mejora o simplemente, cambio. En otras palabras: “si no innovas, acabas imitando”, y la familia es principalmente un instrumento que fomenta la imitación.

Por tanto, la responsabilidad que se contrae cuando se tiene un hijo, más allá del mero acto biológico, es mayor de lo que supone y no está exenta de riesgos, sorprendiendo, en este sentido, lo poco o nada que el sistema educativo y la sociedad se preocupa de este hecho, poniendo todo su énfasis por el contrario en el fomento sin más de aspectos cuantitativos de la procreación (por ejemplo, subir el índice de natalidad a toda costa) y nada o muy poco en los aspectos cualitativos (la mejora de la “calidad” de los padres y de su formación y por tanto de su influencia sobre los hijos). Como nada es fruto de la casualidad, ¿habrá que adivinar una intención expresa detrás de esta política? ¿Tal vez que el propio modelo, tal como está diseñado, necesita para su pervivencia de la ignorancia e inconsciencia de sus componentes más directos, pues de otro modo podrían criticarlo, tal vez rebelarse contra sus propias contradicciones, y buscar quizás alternativas, lo que se estimaría peligroso? La consecuencia, en cualquier caso, es que la

educación de los nuevos miembros de la sociedad está en manos poco preparadas y competentes, no por falta de interés sino de oportunidad y necesidad sentida. Es decir, personas que se dedican a educar a otros cuando ellos mismos no han superado sus propias deficiencias y carencias personales, personas que no han alcanzado ningún grado de evolución o desarrollo especial que les capacite para formar a otras personas, antes al contrario, pues el mayor número de hijos aparece normalmente relacionado con un nivel más bajo de cultura (y también están aquellos que se dedican a fomentar e impulsar la natalidad en los demás, pero curiosamente sin predicar con el ejemplo, al menos abiertamente, vgr., algunos clérigos).

Lo que sí encontramos en el modelo “tradicional” de familia es un uso y abuso de “la ilusión” como un instrumento cómodo para ampliar la fantasía de los niños. Sin embargo, detrás de fábulas aparentemente bienintencionadas (como el mito de los Reyes Magos o Papá Noel) late en realidad un intento medido y calculado para ir acostumbrando a los niños a aceptar otras ilusiones/engaños que vendrán después y que conformarán su realidad. Por otra parte, los mitos y fábulas (en efecto, el mito puede funcionar, según se utilice, como puerta que conduce a la sabiduría, pero también como un muro que rodea y esconde al conocimiento) que se han consolidado con el tiempo implican un reconocimiento un tanto simple de que la realidad “real” no es adecuada ni suficiente para garantizar la felicidad del niño (al que hipotéticamente, o hipócritamente según se mire, se ha traído para ser feliz) por lo que debe acudir a una realidad falseada, introduciendo hábitos que se pretende se hagan constantes después en el individuo. Resulta cuando menos cómico encontrar a padres que se sienten orgullosos de su capacidad para lograr mantener el engaño en sus hijos, intentando así que el periodo de infancia (identificada para estos padres simplones con la candidez) dure lo más posible. Uno podría plantear por qué si consideran la realidad “real” tan terrible han sido tan “inocentes” y “cándidos” a la hora de procrear.

En realidad, la cadena de manipulación no acaba en la relación padres-hijos, pues éstos últimos también manipulan desde muy pequeños con sus lloros calculadamente diseñados (en cuanto al tono y duración) y colocados hábilmente en el tiempo y en el espacio, y la sociedad, por su parte, manipula y utiliza descaradamente a todos ellos.

Incluso los ejemplos de violencia doméstica (hombre contra mujer, padres contra hijos y viceversa en ambos casos) podrían ser una consecuencia de los presupuestos falsos en los que se fundamenta el modelo, construido en esencia alrededor de un grupo de “falsas expectativas” creadas por el grupo, que generan una peligrosa y creciente frustración. Por ejemplo, las expectativas de: un enamoramiento que se fundamenta en la falsa creencia del hombre/mujer perfecto; unos hijos a los que se presenta arteramente como solución al vacío previo o al aburrimiento, ocultando todos los problemas y riesgos que plantea el actual sistema de reproducción; la imagen idílica de la vida de pareja, impulsada nada inocentemente por la industria cinematográfica fundamentalmente americana, sin que vaya nunca acompañada de las advertencias necesarias sobre las dificultades o el requisito de estar preparado adecuadamente para salir exitoso/a de esa empresa (debería presentarse como desafío y no como mero trámite); un concepto de amor automático, gratuito, e instintivo, abierto a todos/as sin aparente esfuerzo, ignorando y haciendo ignorar “a posta” que el amor sólo puede ser el final de un camino que empieza con el respeto y que continúa con un esfuerzo sincero de comprender al otro, etc...

En realidad, entre padres e hijos siempre existe una lucha latente: si vence o se impone el padre, el hijo/a verá truncados su evolución y desarrollo natural tal vez para siempre; si vence el hijo, el padre verá amenazada su propia autoestima quizás irremediabilmente. La clave está en que ambos evolucionen equilibradamente y que acepten que tienen algo que aprender del otro.

Estas falsedades e hipocresías mantenidas en el tiempo a la fuerza por la presión social del grupo que sigue estableciendo el patrón de normalidad, se convertirían poco a poco en parte del inconsciente. Esa presión imponente sólo puede ser tapada provisionalmente con auto y hetero-engaños cada vez más difíciles de sostener así como a través de las drogas aceptadas (alcohol, tabaco, sexo, entretenimientos varios) o no (las consideradas drogas ilegales) por la sociedad. Al final, cuando la presión por metro cuadrado de sentido común se haga insoportable, se producirá el “big bang” caracterial con consecuencias imposibles de prever incluso en personas aparentemente tranquilas.

En cualquier caso, lo importante es saber si la familia actual es un modelo que permite la aceptación auténtica y el desarrollo del ser espontáneo del niño, o si irremediamente tiende a reprimirlo. Lo triste es que no resulta aventurado ni descabellado sostener que el sistema educativo, y la familia como pilar reconocido de aquél, no están diseñados en realidad para que el hombre sea feliz, sino que sea previsible y por tanto susceptible de ser organizado, clasificado y sistematizado.

5.3. Intentos de establecer una fenomenología de los caracteres.

El carácter se relaciona directamente con las características que definen a la persona, según el propio lenguaje coloquial a menudo expresa al calificar a un determinado sujeto como: vil, simpático, violento, visceral, apasionado, cabezota, buenazo, retorcido, caótico, chulo, agresivo, enamorado, frío, listillo, mandón, intransigente, perezoso, cobarde, echado para delante, original, pasota, etc...

En realidad, la mayoría de las personas pueden calificarse de pluricaracteriales, puesto que todos somos titulares de diversos caracteres en función de con qué carácter (“el otro”) nos enfrentemos o en qué situación caracteriológica nos encontremos. Así, uno mostrará una faceta de su carácter en el trabajo, otra en la familia, otra con los hijos, otra con los amigos y otra en soledad. El carácter resulta por tanto algo que podemos calificar como dúctil. Ello no obstante, también es verdad de que siempre predominará una faceta con la que nos reconoceremos más, que es normalmente la que nos identifica, y en ese sentido, y sólo en ese sentido puede pretenderse hablar de sistematización.

¿Existen infinitas posibilidades abiertas para cada uno de nosotros de ser diferente al resto? Probablemente, hagamos los esfuerzos que hagamos por ser distintos /originales (o reconocidos como tales), más tarde o más temprano, encontraremos, leeremos o nos hablarán de alguien, incluso en un pasado remoto, muy parecido a nosotros. ¿Fue original el primero que se puso un pendiente en la nariz? ¿Hubo realmente un primero? ¿O “inconsciente” y “colectivamente” comenzaron a surgir accidentalmente (y ¿libremente?) personas que hicieron del pendiente en la nariz su marca de distinción?

Ahora, desaparecido o engullido por la masa el/los pioneros forman otro grupo/secta/tribu más. ¿Existe pues la posibilidad “duradera” de ser original? ¿O es sólo posible pertenecer al grupo de “originales provisionales”?

Al hablar del origen del carácter ya referimos la clasificación zodiacal de caracteres que debe ser siempre tomada en cuenta aunque sólo fuera por su aceptación popular y el imaginario/inconsciente colectivo. Dejando ese modelo a parte, seguidamente plantearémos diversos intentos de establecer una fenomenología de los caracteres, no sin antes advertir que cualquier tipología y/o clasificación de los caracteres aparece viciada de las mismas dificultades que sufre todo aquello que resulta vago y difícil de aprehender, como ocurre, por ejemplo, con las emociones, con las que el carácter está muy relacionado.²⁸

a) La distinción junguiana entre individuos extravertidos e introvertidos.

Esta distinción aunque enormemente simplificadora resulta útil para establecer una primera clasificación entre caracteres extrovertidos e introvertidos. Como reconocía el propio Jung, según a qué grupo se pertenezca la visión del mundo y del propio individuo cambia: “...El extravertido, por ejemplo, elegirá el punto de vista de la mayoría; el introvertido, lo rechazará, simplemente por considerarlo de moda”.²⁹ Asimismo podría equipararse esta distinción a la de optimistas (por extrovertidos) y pesimistas (por introvertidos).

b) Racional/emocional.

Que hay personas más racionales y otras más emocionales resulta bastante claro. Incluso, un tanto superficialmente, dicha distinción se equipara a veces a lo masculino y femenino respectivamente. Por otra parte, existen enfermedades somáticas o del carácter, de las que sería un posible la úlcera o el estrés, que podrían relacionarse con esta distinción.

c) Víctima/verdugo.

Hay un carácter que sirve para ser infeliz (víctima) y otro para hacer infelices a cuantos te rodean (verdugo). Mucho se ha escrito sobre estos “roles” y su posible intercambio, e incluso sobre cómo el ser perdedor y vencido por las dificultades puede aparecer justificado e incluso imprimir carácter.³⁰ De hecho, existen personas que viven al borde del límite, pero que pueden permitirse “ese lujo” debido a su carácter.

d) Carácter expreso y carácter oculto y reprimido.

No hace falta traer aquí a colación la doctrina de la “sombra” para reconocer que junto a un carácter que se manifiesta existe otro, o parte de aquél, que se mantiene oculto, a la espera de algún acontecimiento que lo haga saltar a la luz, casi siempre sorprendiendo a su poseedor o titular.

e) Carácter del individuo “versus” carácter de todo un pueblo.

Puede decirse que cada pueblo tiene su carácter, y así las personas extrovertidas se sentirán normalmente más a gusto en países del sur de Europa y los introvertidos en el Norte. Hasta se han identificado signos del zodiaco que caracterizarían al cada país (en este sentido España sería Sagitario).

f) Una sistematización más detallada.

De forma más detallada podríamos distinguir entre: el iracundo (la ira es casi siempre una consecuencia de la falta de valor), el agresivo (verdugo), el temeroso (la víctima), el sensible, el curioso, el bondadoso, el dubitativo, es astuto, el permanente insatisfecho (¿Qué daría la felicidad a un ciempiés? Tener ciento dos pies). En ocasiones, el carácter suave y calmado ha resultado elogiado en comparación con el agresivo,³¹ aunque no siempre resulta así.

5.4. El carácter, la voluntad y las emociones.

En principio, parecería que sólo los caracteres dotados de una fuerte voluntad podrían cambiarse a sí mismos. Por otra parte, el talento o genio sin voluntad firme o decidida que lo sostenga es como un bonito velero de bello diseño sin timón en medio de la tempestad, una belleza condenada a hundirse y reposar, ignorada, en las profundidades más oscuras del fondo de los mares de la existencia humana.

Pero si difícil resulta definir la voluntad, su naturaleza, algo así también parece con las emociones. ¿Qué fue primero, el pensamiento o el sentimiento? Obviamente, lo segundo. El niño primero descubre el llanto, luego la sonrisa, y después la risa (sólo ésta implica inteligencia). Hambre, sueño, dolor son las primeras sensaciones que se instalan en la mente del niño. La dictadura placer-dolor orienta los primeros pasos de todos nosotros. El carácter, por lo tanto, vendrá influenciado por esa dicotomía primigenia.³²

Las emociones arrancan con carácter general inconscientemente de un hecho (casi siempre fortuito) por lo que son básicamente incontrolables. Surgen mecánicamente y provocan una reacción psico-física, ayudadas por el recuerdo involuntario de otros sucesos semejantes, que no surgirían en su caso por un acto de voluntad (uno no siente miedo o crea su ira “a posta”, por ejemplo). Cuando logramos comprender la raíz real de las emociones, superamos la fase “primitiva-inconsciente” y pasamos a poder controlarlas.

Las emociones por tanto tienen mucho en común con el carácter, hasta el punto de que podríamos decir que están mutuamente interrelacionados y dependientes. Así, ¿puede decirse que cualquier carácter está igualmente capacitado para experimentar amor? ¿Qué puede ofrecer una persona que vive en permanente estado de engaño, en permanente estado de ignorancia, en permanente estado de egoísmo, cuando afirma que ama? Realmente nadie pueda dar lo que no tiene, y existen caracteres que requieren para su existencia un importante grado de maldad.

5.5. Optimismo y pesimismo, ¿cuestión de carácter?

Si se eligiera el carácter (ver *infra* apartado 7.1.), ¿uno elegiría ser optimista o pesimista? ¿extravertido o introvertido? En ocasiones se nos ha presentado el optimismo como una opción vital más que surgiría de hacer frente a la adversidad “con carácter”.³³ ¿Es esto realmente así? ¿Es el optimismo realmente la mejor opción contra la barbarie? ¿O es mejor saber decir que no? Pero el optimismo ¿se elige o se impone por el carácter previo del individuo? El tren de la vida sitúa al viajero muchas veces ante el abismo, se trata de saber si somos libres para decidir si dar un paso adelante (y dejarnos vencer por el pesimismo que no es más que el trasunto de la falta de esperanza o del no poder seguir esperando), o atrás (y seguir confiando en la vida por medio de un optimismo más o menos declarado), o quedarse, incómodamente y haciendo difíciles equilibrios a vivir en el borde de dicho abismo. Que cada uno responda interiormente cuál le parece la opción más moral, y con la cual el mal encuentra más difícil sobrevivir.

Se ha defendido también el elemento “curtidor” para el carácter que puede ejercer la adversidad, sin embargo, debe entenderse que el sufrimiento no está nunca justificado, ni siquiera como un medio para un fin, ya que quien puede crecer en la adversidad también lo puede hacer en la abundancia. En realidad, el conflicto en el 90 % de los casos no aporta nada bueno al crecimiento del hombre/mujer. Sin embargo, también puede entenderse que el conflicto permite al hombre/mujer sentirse distinto “al otro” y, por tanto, ser más él mismo, tomar consciencia de su mismidad, de su ser peculiar que puede sentirse y resultar amenazado por los demás que entran en conflicto o competencia con aquél. Aunque lo ideal estimamos sería superar el conflicto como mecanismo de relación o como motor de cambios, el problema estriba en cómo hacerlo puesto que hasta ahora el hombre se ha revelado incapaz, a pesar de algunos intentos.³⁴

6. Las implicaciones de la lucha de caracteres.

6.1. Ámbito, contenido y facetas de la lucha.

No solemos ser justos con las personas pues su carácter (y no su naturaleza esencial) determina, en gran medida cómo nos vamos a llevar con ellas, en función de cuál sea nuestro carácter y actitud. En otras palabras, no tratamos mejor a las “mejores” personas sino a aquéllas, por ejemplo, que sean capaces de imponernos algún tipo de temor

(consciente o inconsciente), al menos, hasta que lleguemos al punto en que algo ocurra que nos compense o fuerce a enfrentarnos con ellas. Antes discutiremos, o haremos notar nuestro desacuerdo, a aquélla que parece no suponer una gran amenaza que a aquélla otra que sabemos puede hacernos un daño real o herimos, incluso aunque el desacuerdo con las dos sea el mismo. En cualquier caso, la persona caracterizada por ser vil, apasionada y visceral deglutirá a una persona afable, que deseará probablemente no haberla conocido.

En esta lucha descarnada existen estrategias muy diversas. Así, los caracteres agresivos tratarán normalmente de rodearse de caracteres débiles, sensibles y dóciles, que les permitan resaltar su dominio (lo que necesitan para mantener la artificiosidad de su personalidad de forma casi enfermiza), mientras tratarán de llegar a pactos con los que sean como ellos, salvo que su propia supervivencia (psicológica, emocional o material) esté en juego. Un equilibrio duradero sólo puede darse entre caracteres sensibles pues cada uno de forma natural se preocupará de no hacer daño al otro, con el fin de evitar ser herido por él.

En la lucha de caracteres todas las armas valen, incluso las más terribles, aunque vamos a concentrarnos en analizar las de naturaleza psicológica y emocional, pues las otras resultan demasiado obvias, y sus efectos predecibles. Normalmente los caracteres agresivos y manipuladores se sirven de la pereza, el miedo y el sentido de culpa y/o vergüenza para mantener su dominio y conseguir la victoria. Este carácter manipulador puede también tener una duración provisional. Así, por ejemplo, el niño hace de su aparente debilidad su mayor fortaleza. De hecho puede manipular y dominar fácilmente a cuantos le rodean, y todo ello sin decir una sola palabra, sin necesidad de haber siquiera aprendido a andar ni de ser autosuficiente. Para ello le basta el llanto (arma que ya quisieran para sí algunos ejércitos), su cariño (que dosifica adecuadamente según observa: contigo como mejor, a ti te río, a ti te doy un beso, a ti no...) e incluso su propia fragilidad que se concentra, por ejemplo, en la capacidad de ponerse o aparentar enfermedad, provocando en el otro (normalmente padre o madre, abuelo o abuela), desasosiego, culpa, tristeza, o simplemente miedo.

Es decir, el niño es la comprobación de que para ejercer poder sobre otro, no hace falta “ser fuerte”, en el sentido usual del término, y así una víctima aparente puede, provista de la capacidad adecuada (que en ciertos niños parece natural) dominar al que se presenta como potencial verdugo, cambiando de esta manera sus funciones. Para ello, no obstante, se requiere: una víctima dotada para la manipulación y un potencial verdugo/dominador (por posición aparente o rol social) expuesto al sentido de culpa o el miedo.

Por otra parte, cada carácter tiende a creer que está en lo cierto y que los otros tipos se equivocan. Esta incapacidad “natural” para poder ver un objeto o evento desde todos los puntos de vista posibles y por tanto también desde el de nuestro enemigo, nos impide aproximarnos a una imagen cierta del suceso o fenómeno. Cuando nos enfrascamos en una sola dirección o foco de análisis, nuestras conclusiones inevitablemente tenderán a ser parciales

La lucha de caracteres se convierte así en una pretendida lucha por la dignidad de cada uno, por el respeto, por la paz (porque lo dejen a uno en paz), por la verdad, por la honestidad. Se trata de valorar la vida no en comparación con lo que podía ser (bueno/mejor, malo/peor), sino por lo que vale en sí misma, ahora, en este mismo momento, sin comparaciones con nada ni con nadie (de ahí que todas las comparaciones sean odiosas), como un oasis en medio del desierto o una isla perdida en la inmensidad del océano, siendo conscientes al mismo tiempo que uno en realidad nunca está solo ni puede estarlo. En esta lucha, los bandos no se dividen entre ateos y creyentes, sino entre quienes tienen creencias fijas (a las que está dispuesto a apostar su vida) y quienes están abiertos a cambiarlas según evoluciona su conocimiento...

6.2. Carácter y definición de mundo: la lucha de caracteres, el individuo y sus grupos.

Existe una continuidad teórico-práctica entre la exploración y la definición de mundo. También existe ese tipo de continuidad entre la construcción del ser como ser-en-el-mundo y sus consecuencias, es decir, las que se derivan de las relaciones entre el

individuo *creciente* y el grupo. Toda vez que en el seno de esas relaciones es donde se constituye el conflicto principal, que podríamos describir como la contradicción entre aquello que debería ser el principal asunto de interés para el individuo (el establecimiento y la autonomía del carácter) y el interés grupal (la cohesión y actuación coordinada frente al mundo), es aquí, precisamente en este marco, donde hemos de centrar preferentemente nuestro análisis.

De hecho, el hombre/mujer busca su seguridad en la pertenencia al grupo,³⁵ incluso cuando cree ser singular no puede evitar que su comportamiento sea muy similar o igual al de otros. “Yo soy de los que... se apuntan a una determinada religión y/o ideología, cazan mariposas, estudian física o antropología, visten de una determinada manera, gustan un tipo de música, ambicionan ser director general, conquistar la belleza física, tener un hijo, casarse, ir por libre, etc...”. A través de ese grupo formal o informal buscamos nuestra identidad y al mismo tiempo nos separamos (conflicto) de otros grupos a los que pasamos a despreciar o simplemente ignoramos. Consciente o inconscientemente diremos/pensaremos que “no somos de los que...” y la lista anterior se repite. De esta manera, surge la falsa sensación de superioridad/inferioridad de nuestro grupo en relación con otros, por lo que el conflicto se mantiene y aviva. Posteriormente, algunos individuos buscarán que se les reconozca su singularidad dentro del grupo al que pertenecen, con lo que se crean subgrupos más pequeños y los conflictos se reproducen al interior del grupo, y así hasta el infinito.

Puede hablarse, por otra parte de la manipulación de los grupos/círculos concéntricos: religión (concepto de Dios), cultura, raza, género, país, región, ciudad/pueblo, familia, carácter. Al final siempre queda el carácter, que también manipula pues los agresivos hablan de una manera diferente a los sensibles, por ejemplo. La cadena manipulativa debe empezar a romperse por alguna parte, por el principio o por el final de la cadena; tal vez por ser más cercano procede comenzar por el carácter.

Por otra parte, las consecuencias de la constitución del carácter –llegados a este punto podríamos hablar mejor de la *imposición* del carácter– se pueden examinar en dos niveles: el nivel *expresivo-liminal* consecuente con la etapa constitutiva básica

(desarrollado en el marco de la célula familiar) y el nivel *caracterial*, es decir, aquél cuya expresividad se desarrolla a través de una interacción compleja, no sólo en el ámbito familiar, sino también desde éste (biunívocamente) hacia los ámbitos grupales restringido y general.

Denominamos nivel expresivo-liminal al primero de los examinados porque su característica principal es, precisamente, la expresividad dirigida sobre todo al establecimiento de límites, de marcos y fronteras, que separen o singularicen al individuo creciente del grupo celular familiar en el que, con preferencia, se desarrolla. Aquí tienen lugar las primeras escaramuzas de la batalla o conflicto sustentado entre *continuidad* y *libertad*, que, con distintas alternativas, se mantendrá a lo largo de toda la existencia y asimismo en dos niveles: el nivel individual y el grupal. Una de las cuestiones que se plantean en este período respecto al carácter es la de si la conservación del carácter-núcleo de la persona –es decir, de esa parte fundamental del carácter como sede anímica y expresiva de una identidad– es compatible con una evolución del carácter demandado, tal como éste concepto puede ser entendido por el grupo social.

Naturalmente, no existe una solución de continuidad entre esta fase o nivel expresivo-liminal y la sucesiva. O más bien, podríamos sugerir que esa diferenciación existe sólo como herramienta del análisis. En realidad, la transformación de la primera, en la segunda (el nivel *caracterial interactivo complejo*), viene a ser básicamente una consecuencia de la acción grupal sobre el individuo y una de las herramientas esenciales del proceso socializador. Y precisamente es aquí donde vamos a encontrar en sus ejemplos paradigmáticos la presencia y las influencias de la lucha de caracteres.

Así, la constitución del carácter está íntimamente vinculada con la definición del mundo, es decir, con la integración que el individuo lleva a cabo sobre su entorno. Es un proceso en el que el individuo no actúa solo, pero seguramente es el proceso en el que está también más aislado, ya que parte de un nivel expresivo muy elemental que ha de ir haciendo progresivamente más complejo y en el que depende de manera muy particular de su propia dotación intelectual-sensorial. Encontramos aquí, en sentido puro, la

confirmación de las singularidades pretendidamente genuinas de nuestra especie como tal. La configuración del individuo y la de su personalidad caracteriológica se efectúan, por tanto, a golpes de estímulos externos y no tanto como una cualidad cuyo desarrollo sea inherente o necesario, sino más bien como consecuencia de una presión grupal y, en definitiva, social.

La lucha de caracteres se establece así desde una edad muy temprana. Cabría determinar si se trata de una lucha inter-sujetos o de un enfrentamiento sujeto-grupo. Es posible admitir que, a través del establecimiento de las correspondientes visiones del mundo en cada sujeto, la lucha de caracteres pueda presentar ambos aspectos. También será necesario considerar el problema desde otros tres puntos de vista, cuando menos, es decir:

-influencia de la visión del mundo (cosmovisión o *weltanschauung*) que es propia del grupo social al que pertenece el individuo, en la estructura del carácter propio del sujeto. Del nivel de predominio de esa cosmovisión grupal dependerá en mayor o menor grado la consideración de independencia (siquiera formal) predicable del carácter individual o de la personalidad del sujeto. Si este dominio es muy fuerte, el carácter del individuo se transformará en una estructura alienada, cuya expresión es la falsa conciencia. En este caso, todo proyecto de independencia y libertad individuales sólo podrá ser correctamente analizado y tratado como una ilusión.

-influencia del lenguaje: es curioso observar de lejos hablando a un grupo de personas, primero podemos reconocerlos por su idioma gestual, que viene impuesto por una cultura determinada; seguidamente, si nos acercamos y comenzamos a oír lo que dicen, reconoceremos fácilmente frases hechas, expresiones coloquiales propias de un grupo de edad, de una clase social, de un género, de una región, etc... Incluso sin verlos podríamos identificar su origen. Ahora bien, observamos cómo el lenguaje domina al grupo, hasta el punto de que cada individuo acude al lenguaje para poder reconocerse parte de algo superior e incluso para adquirir una identidad, que nota que le falta, y así ser

aceptado por el grupo. Como consecuencia, sin embargo, el propio lenguaje, entendido en sentido amplio como correa de transmisión cultural, pasa a convertirse, de instrumento necesario para la comunicación y el pensamiento, paradójicamente, a una mordaza, una pesada cadena que limita seriamente el desarrollo autónomo del individuo y su búsqueda personal y singular de su carácter y pensamiento. El lenguaje, sino se trata con cuidado, es un elemento tremendamente poderoso al servicio de la homogeneización más banal. También es utilizado como elemento de singularización y jerarquización sociales, por ejemplo, cuando se desarrolla como “lenguaje profesional” (académico, filosófico, científico, jurídico...), es decir, como un sistema complejo de pautas de re-conocimiento del individuo concreto y de su estatus como miembro de un grupo, o como medio de aceptación o de rechazo de trabajos, investigaciones y estudios que no procedan del propio grupo o secta.³⁶

-efecto feed-back que el establecimiento y desarrollo de un carácter individual puede producir sobre la estructura de la visión del mundo grupal. Por su medio se produce la influencia de las individualidades sobre el conjunto. Depende de la envergadura de ese carácter individual. Podemos así estar en presencia de un gurú, de un líder carismático o de un personaje influyente de cualquier tipo, capaz de modificar sustancialmente la *weltanschauung* grupal, incluso con muchas y muy poderosas fuerzas en contra procedentes del grupo social, pese a lo cual el individuo arrastrará al conjunto del grupo con la fuerza de su carácter, multiplicada por los engranajes de la dinámica de grupos.

En todo estudio se tiende a efectuar análisis sobre los casos llamativos o excepcionales y pocas veces sobre los acontecimientos que ocurren cotidianamente a millones de personas que sufren e incluso mueren por causa de estos conflictos de caracteres. Para recoger estos casos *ordinarios*, ¿será conveniente tratar de entender la dinámica de los caracteres a través del estudio de casos puntuales? Creemos que sería muy difícil, ya que analizar las relaciones de un único ser, o las de unos pocos, incluso las de centenares de seres, en el ámbito de una estructura tan compleja como la sociedad, proporcionaría resultados no demasiado significativos. Por eso necesitamos una versión

de los análisis de grupos orientada hacia la determinación y examen de los conflictos de caracteres, en un proceso sin solución de continuidad que vaya, desde los grupos celulares básicos de la sociedad, estudiados como unidades, hasta la integración de esos grupos-unidades en elementos más amplios. Sería una dinámica social compleja cuyos resultados habría que interpretar “a posteriori”.

7. ¿Qué papel desempeña la libertad en la lucha de caracteres?

7.1. El carácter ¿se elige o se impone? ¿Se puede modificar?

Otro aspecto importante es el de la relación de un hombre con su carácter ¿es libre el hombre para elegir uno u otro carácter? ¿Es libre para cambiarlo cuando así lo estime oportuno? O, por el contrario ¿está unido a su carácter por una relación de dependencia ciega cercana a la esclavitud? No vamos aquí a agotar la cuestión de si el hombre es libre o no, ni de perdernos en distinciones entre libertad y libre albedrío, cuestiones sobre las que mucho se ha escrito, sino intentar llegar a algunos presupuestos de partida que todos puedan compartir. Si entendemos que existe una escala del grado de libertad posible, que iría del uno al diez, el hombre podría quedar situado en torno al tres o cuatro de esa escala. Ello es así porque si bien nadie niega al hombre una cierta capacidad de elección, dicha elección viene condicionada, al menos, por su ignorancia respecto a las circunstancias objetivas que rodean dicha elección y las consecuencias que derivan o pueden derivar de elegir A o B, así como el miedo que el sujeto experimente en cada elección. Este miedo puede ser muy amplio, pero normalmente se concreta en miedo a las consecuencias, casi siempre hipotéticas pues están cubiertas por el velo de la ignorancia, así como miedo a la reacción del grupo o los diversos centros grupales (familia, amigos, vecinos, empresa, grupo religioso, sociedad, etc...) donde se desarrolla la vida del individuo (ver *supra* apartado 3.2).

A dichos elementos condicionantes cabría añadir la limitada capacidad fáctica del individuo de hacer o no hacer ciertas cosas. Por ejemplo, si tengo relativa capacidad para elegir mi lugar de vacaciones, esta elección dependerá de mi capacidad financiera, de mi tiempo disponible, de que existan líneas de transporte abiertas, etc.... En

cualquier caso, si elijo finalmente pasar mi periodo de descanso en Júpiter, esa elección se revelaría simplemente quimérica.

Pues bien, cuando toca al carácter, debemos señalar que sólo muy matizadamente podría afirmarse que el hombre elige su carácter. O, en cualquier caso, ello depende de tener un cierto carácter para poder elegir o cambiar ese mismo carácter, lo cual nos lleva a un círculo vicioso; es decir, sólo aquéllos que dispongan de un carácter emprendedor, fuerte, con coraje (“tenerlos bien puestos”, en el argot popular) tendrían alguna posibilidad de poder cambiar su carácter, algo que convierte ciertamente a todo el proceso en un absurdo. Pero ¿algo tan esencial como el derecho a cambiar de carácter puede hacerse depender de algo tan contingente como el carácter que nos ha sido dado?

Más bien, sería más justo afirmar, si consideramos por un momento al carácter como un ente vivo, que el carácter lo elige a él. En realidad, dado que el hombre no elige a su cuerpo, ¿por qué habría de poder elegir su interior? Como ocurre con el cuerpo, tal vez el interior pueda luego modificarse un poco, según se crece (casi siempre para empeorarlo), mantenerlo o acompañar acompasadamente el proceso natural de la vejez.

Parece, por otra parte y en cualquier caso, evidente que no resulta fácil, ni siquiera posible, para la mayoría de los humanos cambiar el carácter y que uno no sabe a ciencia cierta cómo ha llegado a ser como es en la actualidad. Simplemente se es y debe uno seguir siendo como tal, de lo que podemos mostrarnos bien orgullosos o frustrados, creyendo mérito nuestro lo que en realidad no lo es, o lo es tan sólo en una pequeña parte. Si tenemos en cuenta además que la personalidad se crea o adquiere en los primeros siete años de vida, justo cuando la persona goza de una menor conciencia y conocimiento, podemos concluir que uno no elige libremente ser quién es, sino que se deja arrastrar por fuerzas y estructuras internas y externas cuyo origen y dimensión desconoce. Sólo posteriormente, llegados al punto necesario de madurez (que en cada persona es distinto y que en algunas puede no aparecer nunca), puede plantearse o mejor dicho replantearse quién es y quién quiere ser. La pregunta que queda en el aire es si para entonces será ya demasiado tarde.

Si el carácter pudiera elegirse libremente, obviamente todos elegirían el mejor (otra cosa es cuál sea el mejor carácter o si ni siquiera puede hablarse de uno mejor que otro), o al menos evitarían ser poseedor de un “mal carácter” o un “carácter débil” (aquéllos cuyo único problema es no saber o ser incapaces de enfrentarse a sus problemas). Y es que e definitiva, la única libertad de la que merece la pena hablar es la libertad de elegir “lo mejor”, lo que exige, entre otras cosas, disponer de un conocimiento suficiente acerca de qué sea lo mejor, y qué se encuentra tras las puertas que se alzan ante nuestra capacidad de optar.

Por otra parte, cuando nace un individuo parece como si dos energías principales (el bien y el mal) y dos actitudes singulares (víctima o verdugo) lucharan por hacerse cada una un sitio en la personalidad del niño, a costa de la otra. Normalmente el carácter de víctima aparece relacionado con el bien, y el de verdugo con el mal, aunque no siempre sea así. Lo que sí parece cierto es que el verdugo consigue su felicidad a costa de la de los demás. Pero dado que el niño/bebé no es consciente (como tampoco lo son sus padres) de esta primera lucha, ¿puede considerársele responsable (o a sus padres) de que venza una u otra? El verdadero pecado original es el vicio primigenio de la inconsciencia que imposibilita al individuo desde su nacimiento para poder luchar con transparencia por el carácter que considera mejor.

Pero volvamos a la pregunta con la que abríamos este epígrafe, ¿es el hombre/mujer libre? He aquí algunas de sus características de fábrica, después juzguen ustedes mismos:

-depende de una mente de la que desconoce más del 75 % (verdadera materia oscura del cerebro), además del subconsciente e inconsciente que apenas sabe que existen, es decir es prácticamente ignorante de cómo se fabrican sus pensamientos y de qué otras “fuerzas” lo influyen (todo ello sin salirse del aspecto material ni entrar en el nivel espiritual y/o esotérico).

-depende para su educación de padres y maestros afectados por la misma característica del punto anterior, sólo que con más años.

-el ADN tiene una influencia determinante en su constitución y carácter, pero básicamente desconoce qué es y cómo se forma.

-hereda de sus antecesores predisposiciones a enfermedades, manías, etc...

-llega a una sociedad predeterminada, en cuyo diseño él/ella no ha podido intervenir.

-no puede elegir su género (masculino, femenino u otros)

-no puede elegir el sistema de educación ni sus maestros.

En efecto, la sociedad, por muy moderna que se nos presente, no gusta en realidad de personas libres y por ello lucha denodadamente por amarrarlas a algo aunque sea sólo al miedo. Por otra parte, a modo de razonamiento circular, el carácter se convierte asimismo en condición para una hipotética libertad, ya que sólo los que son capaces de defender sus puntos de vista y de decir simplemente “no” a lo que no están de acuerdo, podrían considerarse libres. De esta manera, el carácter limita y condiciona también y del mismo modo, cualquier visión que tengamos o podamos tener de la historia, de los supuestos héroes, de los reconocidos perdedores, o de los presuntos traidores. Así, según el carácter que cada uno tuviera su capacidad de reacción y elección sería distinto. Por ejemplo, ¿puede considerarse a Adán y Eva como libres para resistir la tentación de la serpiente? Al parecer no sólo carecían del suficiente conocimiento (al menos de la diferencia entre el bien y el mal), y ya se sabe que no hay verdadera libertad sin conocimiento, sino que el carácter con que se nos presenta Eva (que procedía nada más y nada menos de la costilla Adán al que hay que suponerle en consecuencia dependiente) le hacía una fácil presa para un ser mucho más astuto y preparado como era el diablo. El mismo Adán, enamorado completamente de Eva cuya compañía había solicitado expresamente, no parece igualmente estar en la mejor posición para resistir semejante enemigo, al que suponemos de carácter mucho más agresivo y asertivo. Del mismo modo, tampoco parece que fueran libres para adoptar

otras posibles vías de acción, posteriormente a su presunto pecado (no hay pecado sin libertad), cual es por ejemplo, la de no tener hijos, dando fin en ellos mismos al desproporcionado castigo/enfado divinos, ya que de nuevo debían enfrentarse, hipotéticamente (según la leyenda) con quien tenía bastante más poder que ellos, que les ordenaba de forma enérgica: reproducirse.³⁷

En otro orden de cosas, el hombre es el primer animal que se plantea que su felicidad pasa por ser distinto de lo que es. La parte de herencia genética (fruto de la combinación ¿casual? de genes) parece que puede moldearse de alguna manera durante los primeros siete años, al menos esto se sostiene, aunque precisamente en esa edad el niño no tiene gran conciencia, como se ha indicado, para realizar cambios voluntarios. Después, dependiendo del tipo de persona y experiencia con la que se encuentra, puede resultar incluso más difícil. Si entendemos que el carácter está relacionado directamente con un modelo cognitivo previo o paralelo, la cuestión sería entender que todo modelo igual que se ha creado puede ser modificado. Igual que en las emociones, parece clara la importancia de las creencias y los antecedentes cognitivos en la formación del carácter.³⁸

Se ha llegado incluso a defender que la mente está sujeta a una especie de programación neuro-lingüística que requeriría un método específico para reprogramar nuestra mente, esta vez a nuestro gusto y voluntad, y no a la combinación azarosa de experiencias, influencias, y genes.³⁹ Pero acaso ¿un cambio en las creencias llevaría consigo un cambio en el carácter? ¿Se pueden cambiar nuestras creencias o marco cognitivo sin cambiar al mismo tiempo nuestro carácter? Podría sostenerse que el carácter influye en la ideología y las creencias que uno puede permitirse y no al revés.⁴⁰

Por último, otro importante límite a la capacidad de acción del individuo en este ámbito es la influencia del grupo o grupos a los que cada uno pertenece. Uno puede sentirse libre para elegir u optar por pertenecer a uno u otro grupo, pero una vez que forma parte de él pierde irremediamente la libertad para criticarlo con objetividad, sintiéndose lógico y consecuentemente obligado, conforme a su decisión y el mantenimiento de su propia imagen y autoestima, a defenderlo, al menos frente a los que no forman parte de

él. Estos grupos pueden ser tanto formales (constituidos como tales) como informales (los fumadores, los casados, los que son padres, los abuelos, etc...).

7.2. La relación entre la lucha y la libertad.

La lucha de caracteres resulta algo enormemente relevante para la voluntad general y para la transformación de ésta en cada momento histórico. El miedo, anula los aspectos discriminantes de la voluntad general, borra sus singularidades. Si convenimos que esas singularidades son un aspecto significativo de la voluntad general en cada momento histórico, habremos de considerar que el miedo, como elemento fundamental de esa lucha, es un agente que la disuelve, transformándola en algo completamente distinto que tendremos que analizar en su momento.

Convendrá examinar ahora la distinta función que la lucha de caracteres desempeñará cuando el objetivo del grupo social sea algo como la ley moral y cuando ese objetivo se vea truncado y cambiado en otra cosa. Todo ello ha de partir, necesariamente, del examen de nuevas cuestiones planteadas aquí: ¿se condiciona el carácter del individuo recién llegado al grupo social –por ejemplo, llegado al entorno familiar– a través de la familia y de la educación, es decir, a través del proceso –o procesos– de socialización? Y, si se condiciona, ¿va a ser posible que el individuo pueda cambiarlo posteriormente?

Ambas cuestiones están vinculadas con la noción o concepto de libertad y del juego de esa condición en la relación individuo-grupo. La libertad –concebida desde el punto de vista del individuo y del comportamiento individual– no va a ser posible, como hemos visto, dentro del grupo. El grupo es más fuerte que el individuo y, aunque él mismo está formado por individuos, su realidad es más que la suma de sus partes y para ser, ha de anular en algo el ser de los individuos que lo integran. Freud ha detallado muy pormenorizadamente este conflicto en sus diversos trabajos.⁴¹ En otro sentido y desde distinta perspectiva, Heidegger ha reflexionado también sobre el *ser en el mundo*. Es, por tanto, un problema recorrido habitualmente por pensadores de muchas disciplinas y campos del Conocimiento. Pero lo que nos interesa ahora más es insistir en cuestiones

muy elementales, lejos, por el momento, de la elaboración filosófica o sociológica complejas.

En este sentido, podemos asumir al menos como un hecho, el de la merma –una merma considerable– de los grados de libertad del individuo asentado en el interior del grupo. Habitualmente, no se explica la razón de esta merma, sino que se trata de justificar su ocurrencia a través de la *necesidad* y de la *trascendentalidad*, ya no del individuo, sino del grupo. Ocurre porque el individuo no puede *ser* fuera del grupo, el grupo es la expresión del ser del individuo. Parafraseando a Hegel, el grupo sería aquí el Espíritu del Mundo y las sombras que éste proyecta a la luz de la realidad, serían los individuos.

¿Tiene sentido entonces y en tal tesitura, hablar siquiera de libertad? Aún más, ¿es posible concebir la libertad individual –como cualquiera otra condición del individuo– al margen, o desde fuera del grupo? Si la respuesta es negativa, el camino que ha de recorrer el carácter del individuo está ya absolutamente marcado desde el primer momento. No hay ni puede haber evolución autónoma del carácter. Es más, ni siquiera en el hipotético caso de que el grupo socializador renunciara a ello –caso solo concebible como un experimento, imposible en la práctica– tendría el individuo posibilidad alguna de elaborar un carácter propio. Todo ello, sin tener en cuenta de momento los rasgos recibidos mediante el fenotipo. El peso de las condiciones ambientales y de los propios genes es abrumador.

Más allá de eso, una consecuencia muy clara es que todos sabemos que no puede hablarse de ley moral sin libertad de opción, y que no hay verdadera libertad si las pautas morales vienen prefijadas y acompañadas de castigos rituales o de exclusión. Se trataría de encontrar un marco moral lo suficiente flexible y dúctil como para que todas las posibles conductas pudieran encontrarse cómodas siempre que no estuvieran dirigidas para imponerse sobre los demás de forma violenta o excesivamente persuasiva. Es decir en la línea clásica podríamos afirmar que el límite de la libertad es la propia pervivencia de la libertad. Pero profundizando más, se trataría de establecer un marco que favoreciera la originalidad y la creatividad por encima de la imitación, la inercia y el seguidismo, a todos los niveles sociales. El ciudadano debe ser capaz de ver su

originalidad respetada dentro del grupo, lo que no pasaría cuando nos encontramos ante paquetes cerrados de soluciones posibles, fórmulas rígidas de organización, recetas maniqueas y sesgadas que pretenden imponerse sin condiciones, dogmas oficializados que además sólo pueden ser interpretados por portavoces autorizados de un poder patente o en la sombra.

Realmente, ante un dilema, opción o duda, cada cual decide según su carácter por lo que resulta bastante inútil establecer pautas o leyes fijas en asuntos humanos.

8. Una consecuencia de la lucha: hacia el individuo des-interesado.

¿Podríamos considerar que el proceso de la primera, de la segunda y de las sucesivas socializaciones del individuo tiene por objeto principal alterar la condición primera del carácter? Si tal cosa fuera cierta, habida cuenta de la identidad que hemos predicado líneas atrás entre el carácter y el propósito primero de su significación, tal vez sería ésa una de las razones por las cuales la ley moral resulta ser una utopía inalcanzable. Veamos, por tanto, cuáles serían las **fases** de esa transformación y cuáles los **efectos** de ella en los individuos. No obstante, antes de todo, debemos examinar, siquiera brevemente, los **propósitos y a los fines** –los expresos y los ocultos- de los actores de esa mudanza.

8.1. Propósitos y fines

Propósitos y fines se refieren sobre todo a *necesidad*, y este concepto no puede olvidar su origen aristotélico, es decir su nacimiento a partir de la proyección de una idea primera de *coerción*, de obligación (aquello que se subordina a las leyes de la naturaleza, o lo que es forzosamente verdadero en virtud de las leyes lógicas). Más tarde, la necesidad fue asimilada a la *verdad*, y, posteriormente, su vigencia o su valor tuvieron que alternarse con la noción de *posibilidad*. Para nuestro análisis será suficiente, al menos de momento, con este pequeño esbozo realizado sobre la historia –

semántica y semiótica ⁱ del concepto: desde la imagen de *coerción* hasta la ambigüedad de lo *posible*, pasando por el rigor de la *certidumbre*, usada como piedra de toque para escoger (separar) a los elegidos.

Este esquema resume fielmente el devenir histórico de los propósitos y fines de los agentes socializadores, cuando inciden sobre el individuo y tratan de modificar –o adecuar a la norma– su carácter. Es un esquema que se revela, a su vez, con un doble carácter –sincrónico y diacrónico– porque se desarrolla en un espacio o nivel dado y porque presenta también una transformación visible en el tiempo.

Pero ¿a qué obedece la necesidad? El grupo reacciona contra la originalidad de sus integrantes. Casi toda originalidad es considerada perniciosa para los intereses del grupo social. Por eso, tan sólo se permiten aquellos rasgos que no se constituyan en transgresión directa o indirecta del patrón normativo y comportamental. Las teorías denominadas de *termodinámica social* indican que los comportamientos originales incrementan la entropía social y por eso el grupo los reprime intentando un equilibrio de ese borde caótico con el otro extremo, la rigidez de la absoluta igualdad y quietud. Sin caer en esos conceptos excesivamente mecanicistas propios de la sociobiología, parece cierto que el grupo vela celosamente para que no escapen a su control los caracteres individuales.

Se puede creer que semejante control es más bien propio de sistemas sociales primitivos, heredado de los tiempos en que la supervivencia del grupo dependía sobre todo de la cohesión y de la coordinación de los comportamientos individuales. Pero es suficiente con mirar a nuestro lado, en nuestros días, a nuestro propio grupo social, para darse cuenta que ese control férreo no se ha aflojado prácticamente desde los siglos y milenios ya transcurridos e incluso, en ciertos casos, se ha hecho, si cabe, más fuerte. El motivo es el predominio de los intereses dominantes, de los patrones impuestos por las élites.

ⁱ Es decir, lo que se refiere al significado y lo que atañe a la naturaleza de los signos, su producción, transmisión e interpretación (hermenéusis).

El actual sistema social fomenta las actitudes depredadoras en los individuos y grupos porque ese sistema es el que mejor se ajusta a los intereses de un mercado global, de una explotación de recursos sistematizada, de una división internacional del trabajo que trata, sobre todo, de reproducir dicho sistema, de perpetuarlo en el tiempo por absurdos que puedan ser sus requerimientos o nocivas que puedan resultar sus consecuencias. El sistema, en suma, *necesita* perpetuarse y reproducirse, no sólo en el espacio-tiempo, sino en el interior de cada uno de nosotros. Más abajo, examinamos con mayor amplitud las cuestiones de necesidad y finalidad, pero antes, hemos de tratar acerca de la transformación del carácter individual.

8.2. Fases.

En lo que se refiere a **las fases** de la transformación del carácter individual, veamos cuál es la consecuencia del cambio de un elemento identitario, como el carácter, en símbolo. Lisa y llanamente diré por ahora –aun cuando tengamos que fundamentarlo argumentativamente más tarde- que el símbolo puede ser asumido e internalizado sin necesidad de procesos cognitivos complejos. Encaja en los modelos cognitivos previamente impuestos a través de las sucesivas socializaciones del individuo, igual que una llave encaja en su cerradura. Ese *encajar* es un paso previo y necesario para la activación de los modelos cognitivos comportamentales que –no lo olvidemos- funcionan a nivel individual, pero resuenan a nivel del grupo social.

Cuando no se ha producido esa transformación en símbolo, los modelos cognitivos implantados por la socialización no se activan o, si lo hacen, es de manera no deseada para los manipuladores, es decir, para las clases dominantes y para los grupos de presión sobre intereses. Tenemos por tanto, un comportamiento *anormal*, no deseado, que puede llevar en línea recta hacia la marginación. De ahí que el carácter, ese conjunto de elementos de la personalidad que distinguen a un individuo haciéndole diferente de otro, fomentando su peculiaridad y su singularidad frente a la masa que trata de asimilarle, haya de ser profundamente modificado, pero tanto de acuerdo a los intereses colectivos comunes al grupo social que puedan favorecer solidariamente a sus integrantes, sino para reforzar el poder de las clases y capas sociales dominantes.

A. Primera fase: Se comienza por hacer un signo del carácter. Dotar al carácter individual de la condición de signo supone desactivar sus elementos discordantes integrándolos en una o varias explicaciones alternativas. Aquí se explota el miedo. Se impone la lógica y la no contradicción, el pensamiento *adecuado*. ¿Qué sucede si existe contradicción en uno mismo? Entonces –dicen- surge el peligro de la división del uno, del acabarse del *yo*, que no puede distinguir entonces ese límite entre *yo* y el otro o los otros. ¿Cómo evitarlo? Integrando el carácter individual en una taxonomía caracteriológica, es decir, significándolo, transformándolo en un signo entre los signos, en un –*ema* o parte constituyente de un metalenguaje.

Teóricamente, tal metalenguaje correspondería a un metatexto con el que se podría explicar el mundo externo al individuo. Si así fuera, la transformación del carácter en signo resultaría incluso beneficiosa y enriquecedora para el sujeto individual, que contaría con una vía de acceso a realidades supraindividuales necesarias para su desarrollo cabal como elemento de un universo expansivo.

Sin embargo, por desgracia, no ocurre así. El peligro de contradicción en el *yo* es utilizado –mediante los procesos socializadores y educativos– como pretexto para invocar una necesidad uniformadora. El metatexto no es una vía de explicación del mundo, sino de alienación y de formación de falsa conciencia en el individuo. Pero eso no se puede conseguir con el carácter transformado en signo.

B. Segunda fase: es necesario avanzar hacia su transformación en símbolo, hacia su integración en un ritual, hacia su ubicación en lo abstracto y –si es posible- en lo numinoso. El carácter, en su nuevo estado, ya no es una pieza de identidad, sino una especie de mecanismo coadyuvante de una soteriología o doctrina de salvación trucada. Forma ya parte de la *religión social*, es decir, de una fantasmagoría sin pies ni cabeza destinada a incrementar la confusión interpretativa del *yo*, y, por tanto, dirigida a la manipulación del individuo con el propósito de forzar su actividad hacia la satisfacción de fines ajenos a él. La consecuencia inmediata es el surgimiento de lo que en otro lugar hemos llamado *individuo des-interesado*,⁴² cuyas características expondremos

detalladamente en un apartado posterior. Podríamos considerar que esa es la primera –o la más evidente– consecuencia de la transformación del carácter en símbolo. Baste decir por ahora que el hombre des-interesado es también y al mismo tiempo un hombre permanentemente chantajeado, mediante engaños y artimañas, mitos, sobreentendidos no probados, falsas presunciones..., que se estructuran en fundamento de una vida aparentemente normal, presentada a menudo como única salida para que el hombre funcione.

C. Tercera fase: La adecuación del carácter individual a la necesidad grupal, inclusión en el orden social. Las únicas alternativas son ya: la integración, la toma del poder o la marginación. Dependerá de la capacidad, de la habilidad o de la suerte tal vez, que el carácter del individuo pueda sortear tantos obstáculos y prevalecer como un *microsistema* reconocible o identificable. Integración y marginación parecen ser las vías más transitadas, con una notoria mayoría de individuos que se adapta al patrón comportamental recomendado y un sector –cada vez más importante en nuestra sociedad– de personas que han cortado casi todos los lazos que les unían a la colectividad, para formar parte de otras agrupaciones, tribus, castas, etc., al margen del grupo social considerado como *dominante y excluyente*.⁴³

Únicamente en momentos históricos puntuales puede imponerse –al menos en apariencia– el carácter carismático de un individuo singular, pero incluso en esa manifestación afirmativa, presuntamente original, de un carácter es posible observar también las grandes influencias que lo dominan, derivadas de la estructura social.⁴⁴

Aunque se aborde casi siempre como un problema colectivo, los efectos de todo este proceso se apreciarán mejor, no obstante, a nivel individual, analizando el surgimiento del individuo des-interesado, es decir, de un sujeto que ya ha perdido prácticamente la totalidad de su capacidad referencial y de su capacidad de juicio, tal como nos presenta Kant este concepto, *que, en el orden de nuestras facultades de conocimiento, forma un término medio entre el entendimiento y la razón*.⁴⁵

La transformación del carácter en un elemento ritualizado –más allá, incluso, de su posible valor simbólico– determina una dificultad creciente para llevar a cabo análisis adecuados sobre la situación existente fuera del propio sujeto, es decir, acerca del estado del mundo. Esto supone que el sujeto no va a ser capaz de interpretar de manera eficiente e independiente el universo normativo en el que habita, utilizando para ello instrumentos conceptuales más complejos que los mecanismos reflejos y de predominio instintivo del tipo *acierto-error*. Esa incapacidad será muy pronto *compensada* con el recurso a un modelo normativo y comportamental suministrado por los poderes del grupo social, que se presentará no sólo como un modelo al que se puede recurrir sin esfuerzo por parte de los individuos, sino como el *único modelo posible*. Aunque ese efecto será todavía mayor, cuando la posibilidad misma de cuestionar, de criticar, de analizar y de vincular situaciones concretas, singulares, con el estado general del mundo, desaparezca como *necesidad* en el estadio de individuo des-interesado.

La facultad de conocer, que en la construcción kantiana constituye la esfera del entendimiento, se verá así profundamente alterada mediante el proceso de manipulación del carácter (signo -> símbolo -> integración como *necesidad* en el orden social del grupo -> individuo normado -> individuo des-interesado). Como resultado, el individuo presentará una dotación cognitiva afectada y sesgada hacia un determinado conocimiento, tanto como inclinada hacia una manera *específica* de conocer.

8.3. Efectos y algunas preguntas.

Para presentar mejor los efectos de los que hablamos, vamos a plantear las tres cuestiones del asentamiento de la ley moral, en el marco de aquella condición del carácter que se establece como resultado de las batallas del individuo en el camino de la constitución del *yo*. Así, en efecto, cuando se pregunta *¿qué puedo conocer?*, el ser humano, en función de su carácter, logrado por la interacción con el grupo social, podría conocer el secreto de las auténticas relaciones que lo vinculan con el grupo social, no las que le cuentan envueltas en abstracciones que forman parte de la mitología de la razón *fantasma*, sino las verdaderas, las que responden a la dialéctica y a la historia del sistema productivo y re-productivo en cuyo seno se alberga y se desarrolla como

individuo y como miembro del grupo. Cuando hablamos de re-producción, me refiero a la perpetuación en el espacio-tiempo, del sistema social.

¿Cuál es la situación, por el contrario? El individuo es socializado en el engaño y la manipulación, mantenido a todos los niveles del sistema socializador y educativo, acerca del *verdadero* carácter de las relaciones productivas y re-productivas sustentadas en el seno del grupo social. Las relaciones familiares y las relaciones en el sistema educativo son totalmente falseadas, escondiéndose su verdadera razón y necesidad: el mantenimiento de la estructura represiva familiar, célula necesaria para la re-producción del sistema, y el mantenimiento de la estructura de adoctrinamiento permanente de escuelas, institutos, colegios y universidades. Stuart Mill ilustra profusamente este proceso.⁴⁶ Lo mismo ocurre con la gran mentira de todos los tiempos, fomentada y potenciada por las religiones institucionalizadas, mediante la cual se intenta que los individuos depositen sus esperanzas y deseos en un mundo futuro e incierto, en lugar de desarrollar las condiciones mínimas para una estancia digna en éste en el que vivimos. La certeza de tales acusaciones se evidencia en las violentas reacciones que despiertan en las *fuerzas vivas* del grupo social, los ataques contra aquellas condiciones de engaño. Tal vez la *lucha de caracteres* se pueda considerar como una manifestación superestructural de aquellas reacciones vinculadas a las resistencias habidas en el proceso de transformación del carácter, concomitante con el proceso de formación de la falsa conciencia y el individuo desinteresado. Parece, en definitiva, que frente a la ilusión y al engaño no hay alternativa, más allá de un conformismo más o menos militante.

En cuanto a la segunda de las grandes cuestiones de la ley moral, *¿qué debo hacer?*, en relación con el proceso de transformación del carácter, diremos que, completado dicho proceso o incluso sin completarse, en fases avanzadas de su desarrollo, el abanico de posibilidades de actuación del individuo en el marco de la ley moral, queda reducido a un esquemático y raquíptico mecanismo de *todo o nada*. Somos mucho menos libres y tenemos muchas menos posibilidades de respuesta de lo que nosotros mismos estaríamos dispuestos a reconocer, y desde luego muchísimo menos de lo que el poder establecido –por llamarle de alguna forma– está dispuesto a confesar. Examinemos

nuestros comportamientos ante los requerimientos del mundo y veremos cómo las respuestas efectivas –no las soñadas o las deseadas– se recogen en una curva de variación muy estrecha. Nos vemos constreñidos por nuestras *obligaciones*, por la necesidad de trabajar para poder satisfacer necesidades auto-impuestas, impulsados por la *costumbre* o por la negativa de sacudirnos las anteojeras que las estructuras sociales nos imponen para ver la realidad.

El *deber hacer* pasa por un esfuerzo de al menos tres etapas: *definición*, *redefinición* y *adecuación*. Conceptos como *realidad*, *necesidad*, *obligación*, han de ser definidos dentro de un contexto no falseado por intereses alienantes, han de ser redefinidos de manera coherente con las verdaderas relaciones individuo-grupo social y han de ser adecuados a un nuevo orden de esta relación. Pero todo esto no es más que una pequeña gota en el océano. Existen otras respuestas, más siniestras, mucho menos esperanzadoras, a esta cuestión planteada por la ley moral.⁴⁷

Pero ¿qué relación guarda todo ello con la transformación del carácter? Por ahora sólo diremos que, cuando el carácter se inscribe en la taxonomía como símbolo, el *todo o nada*, o tal vez mejor, el *acierto-error*, se impone como suprema ley, y ello es necesario, porque reducir las alternativas de respuesta ante esa pregunta, incrementa en gran manera las posibilidades de control que mantienen las clases o capas dominantes pues la lucha de caracteres se excita más cuanto mayores son las restricciones de los grados de libertad posibles para la expresión de cada carácter. La energía de las relaciones interindividuales se desprende tanto más en forma de conflictos cuando las posibilidades de *¿qué hacer?* se reducen. Y los conflictos interindividuales –con la intranquilidad e inseguridad que les acompaña casi siempre– son interesantes para el poder, sobre todo si él los estimula controlándolos. Lo que tenemos ahora ya es un conjunto de individuos dotados de una imagen falseada de la realidad, de sus propias relaciones y de las relaciones de producción y re-producción del poder establecido.

La tercera cuestión, *¿qué nos está permitido esperar?*, que en su formulación kantiana conducía directamente a una cuarta pregunta sobre *¿qué es el hombre?*, clave de bóveda de toda la construcción caracteriológica, revela ahora aquí el lado más siniestro de la

conspiración, porque la única respuesta posible sería tal vez: el miedo. El miedo que mueve al mundo. Hemos caminado por tanto, desde las primeras bases de la ley moral hasta el resbaladizo terreno del miedo, y con ello parecería que de nuevo vamos en dirección al principio, hacia ese horror primigenio que yace más allá de los primeros mitos, y que en su momento, fue asimilado, desactivado y conciliado con el mundo humano a través de los rituales.

9.- Algunas valoraciones finales.

En contra de lo que sostiene la psicología más oficial (y que cobra por ello) el mal del hombre no se cura con una receta aparentemente tan sencilla como “¡cámbiese a sí mismo! En un mundo tan duro y tan difícil el hombre ya hace bastante con subsistir y pagar sus impuestos. Volverse loco, deprimirse, enfermar, instalarse en el trauma, son respuestas lógicas, naturales y proporcionadas a la irracionalidad y crueldad que nos rodea. No podemos seguir tratando al hombre “normal” como el culpable de sus males, de ser pesimista, de estar decaído y, por tanto, de no ser lo suficientemente rentable y productivo para el sistema, o para mantener unos usos y costumbres que huelen ya a rancio y podrido.

Si hay que buscar culpables entre los hombres (cosa que es cuando menos discutible) habrá que buscarlos en aquéllos que ostentan suficiente poder social, capacidad económica, o que pertenecen a instituciones que tienen ese poder y capacidad (que cada cual use su imaginación para identificar cuáles sean éstas), y que no hacen de manera honesta y sincera “todo lo que está en su mano” para transformar a la sociedad y sus reglas de actuación, en algo más humano, más amigable, más justo, más adecuado a la naturaleza frágil y perecedera del ser humano. O en aquellos otros que precisamente aprovechan, solos o en grupo organizado, la posición de que gozan para mantener a sabiendas, consciente o inconscientemente, un sistema injusto y cruel, pero que a ellos beneficia.

Todo esto no se contradice con el hecho obvio de que para que cambie la sociedad deben cambiar los elementos que la componen (es decir lo seres humanos), pero unos,

las víctimas, no pueden cambiar si no lo hacen los otros, los verdugos. Incluso, aunque pudieran cambiar, para mejor, su cambio sería irrelevante a la postre pues resultaría rápidamente neutralizado por los que ostentan el poder real. En otras palabras, para que la sociedad cambie tienen que cambiar los que ostentan el poder, para liberar así espacio a los demás. Ahora bien, ¿quién tiene el poder? Algunos son fácilmente identificables y resulta obvio: quién puede, directamente o a través de intermediario, imponer o mantener un modelo social determinado. Aquí entran los que controlan o componen el poder económico, el poder de imponer sistemas ideológicos predominantes, el poder de la fuerza en sus variados tipos. Sin embargo, junto a ese poder más o menos institucionalizado u organizado, están todos aquellos gregarios de lujo, desperdigados por el mundo, intercalados, presentes en los intersticios más oscuros del grupo social, que funcionan como agentes capaces de imponer su voluntad, de manipular a los demás, de aprovecharse del resto. Son estos los que deben cambiar para que el resto pueda también cambiar, o a lo mejor, al final tal vez resulte que muchos de los que llenan consultas de psicólogos y psiquiatras por su incapacidad “enfermiza” de adaptación, sean los únicos cuerdos, los únicos que reaccionan ante un mundo cruel e injusto con una respuesta lógica, proporcionada y natural: la de deprimirse, ofuscarse o tener miedo. Los demás, los “adaptados”, los triunfadores, serían los que vivirían, realmente, en un permanente engaño, a costa de controlar sus sentimientos reales, una farsa que tratan de imponer a los demás para poder saborear su aparente triunfo en un mundo que expele tufo, y por ahora, todo hay que decirlo, lo consiguen con cierta facilidad: demasiados cómplices están dispuestos a servirles de coartada.

Queda además considerar todo aquello que las ciencias –humanas, en el más amplio sentido del término– tienen que decir. El papel de estas ciencias no es inocente, ni tampoco banal. En este caso, tanto los especialistas como los profesionales, cada uno dentro de su campo específico y también aquéllos que –desde una perspectiva pluridisciplinar– consideran que deben aportar algo más que buenos deseos, deben tomar partido de una manera clara y consciente sobre lo que dicha actitud de compromiso significa. De una manera más genérica, los intelectuales –que en muchos y muy difíciles momentos estuvieron al frente de manifestaciones de este tipo– han de contribuir con sus análisis sobre la realidad, pues se supone que por su formación y

condiciones pueden y deben hacerlo a un nivel cualitativamente más avanzado y quizás, esclarecedor, que el común de los mortales. Estamos ante una lucha que afecta a los seres humanos durante toda su vida y que, muy posiblemente empieza a fraguarse en el ámbito familiar. Las consecuencias se propagan y retroalimentan durante generaciones.

Pues bien, esta situación de lucha (que produce entre otros efectos posibles el “hombre des-interesado”), de guerra no declarada pero cruenta en los más variados modos, sólo puede sobrevivir por culpa o gracias a las diferencias de carácter. Si todos tuviéramos el mismo carácter, no podría haber víctimas y verdugos, manipuladores y manipulados, tímidos y tímidos, maltratados (en tantas vertientes) y maltratados. Las diferencias de carácter surgen aparentemente de forma natural, pero después se mantienen y promueven de forma interesada, como requisito “sine qua non” para sostener el conflicto. Y un conflicto siempre presente, es capaz de justificar, la necesidad del mismo poder que sirve para mantenerlo y mantenerse. Todos los que se benefician del poder en sus más variadas ramas son los vencedores aparentes y siempre provisionales de la más terrible de todas las batallas, diaria, constante, latente: la guerra de caracteres.

ALGUNA BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA QUE NO FIGURA EN LAS NOTAS

- Gabriel Bello Reguera, *La construcción ética del otro*, ed. Nobel, Oviedo, 1997.
- Niels Böhr, *Física atómica y conocimiento humano*, ed. Aguilar, Madrid, 1960.
- Carlos Castilla del Pino, *El delirio, un error necesario*, ed. Nobel, Oviedo, 1998.
- Gueshe Kelsang Gyatso, *Comprensión de la mente*, ed. Tharpa, Sevilla, 1999.
- Richard Müller-Freienfels, *Tu alma y la ajena*, ed. Labor, Bilbao, 1963.
- Luis Rojas Marcos, *Las semillas de la violencia*, ed. Espasa, Madrid, 1995.

¹ Thomas KUHN, ed. Chicago University Press, Chicago, 1970.

² Thomas KUHN, “The Natural and the Human Sciences” en CONANT y HAUGELAND (coords.) *The Road since Structure*, ed. University of Chicago Press, Chicago, 2000, págs. 216-223. Alejandro NIETO a este respecto, especifica que en la Ciencia jurídica no hay sustitución sino acumulación, siendo ésta una característica que la diferenciaría de las Ciencias naturales: *El arbitrio judicial*, op. cit., pág. 21. En cualquier caso, los intentos de trasladar teorías de las ciencias naturales a las sociales no es nueva. En este sentido, podemos citar como ejemplos: “la teoría del caos” (que tomaría inspiración de la Meteorología,

Biología y Química) y la "autopoiesis" (que como es sabido proviene de descubrimientos hechos por la Biología).

³ Un ejemplo de enfoque multidisciplinar, en este sentido, puede encontrarse en nuestro estudio: GIL IBÁÑEZ, Alberto y CSAMAYOR NAVARRO, Serafín: "Agenda de reformas per a una Administració pública del segle XXI. Elements per a un plantejament estratègic del canvi" en *Documents de Reflexió Estratègica*, nº 13, Generalitat de Catalunya.

⁴ En este sentido, por ejemplo, Hert HOFSTEDE ha afirmado que "the survival of social sciences will depend to a large extent on the ability of people who think differently to act together", *Cultures's Consequences: International Differences in Work-Related Values*, ed. SAGE, 1984, pág. 8.

⁵ Cfr. Werner HEISENBERG, *Physics and Philosophy: The Revolution in Modern Science*, ed. Prometheus Books, Nueva York, 1999, pág. 187 (*la traducción es mía*). La cita es también de interés en su continuación: "Estas ramas pueden tener sus raíces en partes muy diversas de la cultura humana (...); no obstante, si realmente se encuentran, si están al menos lo suficientemente relacionadas entre sí para poder realmente interactuar, entonces podemos esperar que surgirán nuevos e interesantes desarrollos". También desde el mundo de las Ciencias Naturales, Konrad LORENZ, ha defendido la necesaria compatibilidad de la física, la biología, la química y... los estudios de la psique: K. LORENZ, *La Ciencia Natural del Hombre. "El manuscrito de Rusia"*, ed. Tusquets, Barcelona, 1993, págs. 90 y ss.

⁶ J. HABERMAS, *Faktizität und Geltung. Beiträge zur Diskurstheorie des Rechts und des Demokratischen Rechtsstaats*, ed. Suhrkamp Verlag, Frankfurt, 1992.

⁷ Sobre la teoría de sistemas en general, y los sistemas abiertos en particular, ver: F.E. EMERY (coord.), *Systems Thinking*, ed. Penguin Books, Suffolk, 1969; Ludwig von BERTALANFFY, *General System Theory*, ed. Penguin Press, Londres, 1971.

⁸ Henri ATLAN, *Entre le cristal et la fumée: Essai sur l'organisation du vivant*, ed. Seuil, París, 1979, pág. 5.

⁹ Vid. en este sentido, K. W. DEUTSCH, *The Nerves of Government*, ed. Free Press, Nueva York, 1966, pág. 89.

¹⁰ Stuart KAUFFMAN, *At Home in the Universe*, ed. Oxford University Press, Nueva York, 1995, pág. 303. Sobre la Teoría de la Comunicación ver, en general: Brenda DERVIN, Lawrence GROSSBERG y otros (coord.), *Rethinking Communication*, ed. SAGE, Londres, 1989 (dos volúmenes); Godfrey VESEY (coord.), *Communication and Understanding*, ed. Humanities Press, Nueva Jersey, 1977.

¹¹ Ver, sobre este tema, y en general sobre el valor de los códigos: Umberto ECO, *Semiotics and the Philosophy of Language*, ed. MacMillan Press, Londres, 1984, págs. 26-33, 164 y ss..

¹² Para una crítica de este modelo, por los obstáculos que plantea para una comunicación inter-sistema, ver: Thomas HELLER, "Lawyers and Political Scientists: How much Common Ground", *working paper*, 2001.

¹³ J. MARCH y J. OLSEN, "The Uncertainty of the Past: Organizational Learning Under Ambiguity" *European Journal of Political Research*, núm. 3, (1975), págs. 147-171.

¹⁴ Geert HOFSTEDE, *Cultures and Organizations. Software of the Mind*, ed. McGraw-Hill, Nueva York, 1991, pág. 146. Este autor, tal vez generalizando en exceso, identifica cuatro modelos teóricos de gestión predominantes en el mundo, que dependen de su origen cultural: el modelo piramidal, el modelo-máquina, el modelo-mercado, y el modelo que toma como base la estructura familiar.

¹⁵ Recuerdo que el individuo des-interesado es aquél que ya no muestra interés alguno por la dinámica del grupo social, toda vez que su falsa conciencia no se lo permite. En este momento, casi equivaldría al individuo anómico.

¹⁶ KANT, I., *Fundamentación de la metafísica de las costumbres (Grundlegung zur Metaphysic der Sitten)*, pág. 135 de la trad. castellana de Ed. Ariel, Barcelona 1996)

¹⁷ Carl G. JUNG, *Paracélsica*, ed. Kairós, Barcelona, 1998, págs., 13, 18, 20.

¹⁸ Además de las propuestas astrológicas, históricamente han existido en casi todas las culturas y tradiciones religiosas intentos de explicar las diferencias en los hombres, planteando modelos que integran esas diferencias en una escala de acceso a la pretendida salvación o iluminación (vgr., la numerología, el Árbol de la Ciencia cabalístico, y más modernamente, el eneagrama).

¹⁹ Carl. G. JUNG, "Acercamiento al inconsciente", en C.G. Jung, *El hombre y sus símbolos*, Biblioteca Universal, Barcelona, 2002, págs. 69-73.

²⁰ F. NIETZSCHE. *Die Geburt der Tragödie aus dem Geiste der Musik* (1872). En *Werke. Kritische Gesamtausgabe*. Eds. G.Colli y M. Montinari. Berlin.N.York, 1972. pag. 22 y s.. En castellano, *El nacimiento de la tragedia*. Alianza Editorial, Madrid, 1973. capítulos 2 y 7, especialmente.

²¹ Véase un explicación detallada del proceso en Christop JAMME, *Introducción a la filosofía del mito en la época moderna y contemporánea*, Ed. Paidós, Barcelona, 1999, págs. 139-147.

²² Entraríamos aquí en el ámbito de una vieja polémica mantenida desde los años cuarenta y cincuenta del siglo veinte entre la escuela de los psicólogos “comportamentalistas” (p.ej. Skinner) y los fisiólogos cerebrales como Arthur ROSENBLUETH (vd. de éste último, su trabajo “Mente y cerebro. Una filosofía de la ciencia”, Siglo XXI, México 1971, p.10 y s.) acerca de la independencia de los procesos del comportamiento respecto a las influencias del entorno y a los procesos bioquímicos cerebrales.

²³ Vid., Robert HIGHFIELD y Paul CARTER, *Las vidas privadas de Albert Einstein*, Espasa-Calpe, Madrid, 1996.

²⁴ STENDHAL, *Del Amor*, Alianza Editorial, Madrid, 1998.

²⁵ F. NIETZSCHE, *La Genealogía de la moral*, Alianza Editorial, Madrid, 1997, pág. 81 y s.. Una manifestación curiosa de esa proyección del miedo y de la culpa hacia lo “demoníaco” y lo “nocturno” se puede ver en el desarrollo del mito de los vampiros y de sus expresiones literarias (Bram Stoker, *Drácula*; Sheridan Le Fanu, *Carmilla*; Goethe, *Braut von Korinth*) o cinematográficas. A este respecto, ver, J. MARKALE, *L'Énigme des vampires*, Pygmalion, Paris, 1991.

²⁶ Valentí GOMEZ-OLIVER y Josep M. BENITEZ, *31 Jesuitas se confiesan*, Ed. Península/Atalaya, Barcelona, 2003.

²⁷ Un ejemplo de este supuesto parece ser el padre de John Milton, abogado culto, el cual consciente de las capacidades excepcionales de su hijo le dejó que se empapara de los clásicos hasta los 30 años, y le financió luego un viaje formativo por Europa. A él le debemos probablemente que posteriormente Milton produjera, entre otras obras, uno de los poemas más notables de la literatura universal, cual fue *El Paraíso Perdido*.

²⁸ Vid. Jon ELSTER, op. cit., págs., 294 y ss.

²⁹ Carl G. JUNG, “Acercamiento al inconciente”, op. cit., pág 54.

³⁰ Vid., E.M. CIORAN, *Breviario de los vencidos*, ed. Tusquets, Barcelona, 1998.

³¹ Norberto BOBBIO, *Elogio della mitezza e altri scritti morali*, ed. Linea d'ombra, Milán, 1994.

³² Jon ELSTER, *Alquimias de la mente: La racionalidad y las emociones*; ed. Paidós. Barcelona, 2002; José Antonio JÁUREGUI, *Cerebro y Emociones: el ordenador emocional*, ed. Maeva, Madrid, 1990.

³³ En este sentido, Santiago Álvarez de MON *Desde la Adversidad: Liderazgo, cuestión de carácter*, ed. Prentice may, 2003.

³⁴ Vid., J. KRISHNAMURTI, *El conflicto*, ed. Kier, Buenos Aires, 1999

³⁵ Un ejemplo muy claro nos lo proporciona el reciente trabajo de Antonio SALAS, *Diario de un Skin*, Madrid, 2003, referido a grupos tan cerrados, jerarquizados e ideológicamente condicionados como los neonazis.

³⁶ Por ejemplo, cuando un economista escribe sobre filosofía, un filósofo sobre sociología, un jurista sobre temas de “ciencia dura”, etc.. Pierre BOURDIEU desarrolla este importantísimo aspecto social del lenguaje por ejemplo en *Langage et pouvoir symbolique*, Éditions Fayard-Éditions du Seuil, 2001 y también en *L'ontologie politique de Martin Heidegger*, Les Éditions de Minuit, 1988.

³⁷ Esta posibilidad, como es bien sabido, se apunta por John Milton, es su *Paraíso Perdido*.

³⁸ Vid., Jon ELSTER, op cit., págs. 305 y ss.

³⁹ Sobre esta cuestión, ver, por ejemplo: Robert DILTS, *Cómo cambiar creencias con la PNL*, ed. Sirio, Málaga, 1997.

⁴⁰ Vid., José ORTEGA Y GASSET, *Ideas y creencias*, ed. Revista de Occidente, Madrid, 1942.

⁴¹ Por ejemplo en *Psicopatología de la vida cotidiana*, en *Psicología de las masas y análisis del “yo”*, o en *El malestar en la cultura*, entre otros.

⁴² J.L. CARDERO LÓPEZ, *Racionalidad y poder. Una transformación política de los universos simbólicos (tesis doctoral, pendiente de publicación)*. Es necesario no confundir el *desinterés*, como carácter moral de la especie humana, que permite esperar un progreso hacia lo mejor e incluso lo entraña (como afirma Hannah Arendt en *Conferencias sobre la filosofía política de Kant*), con el individuo *desinteresado*, es decir, desvinculado del interés general, presa de una falsa conciencia y alienado. Lo describiremos con mayor detalle en relación con la lucha de caracteres, más adelante.

⁴³ Ver al respecto el sugestivo trabajo de Jennifer TOTH, *Bajo el asfalto* Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2000.

⁴⁴ Vid. Max WEBER. *Economía y sociedad*. III, Tipos de dominación, Las formas de legitimidad. Fondo de Cultura Económica. México, 1984 , p.170-180 y 193 y s.

⁴⁵ I.KANT, *Crítica del juicio*. Espasa Calpe, Madrid, 1977. p. 90.

⁴⁶ Ver JOHN STUART MILL: *Sobre la libertad. Capítulos sobre el socialismo y otros escritos*. Orbis, Barcelona, 1985.

⁴⁷ *Morir pronto*, dice el Serapis de Nietzsche. Por su parte, Sófocles , afirma en su *Edipo en Colono*: El no haber nacido triunfa sobre cualquier razón. Pero, ya que se ha venido a la luz lo que en segundo lugar es mejor, con mucho, es volver cuanto antes allí de donde se viene (*Edipo en Colono*, 1224-1226, Editorial Gredos, Biblioteca Clásica, Madrid 1992).

Revista de Antropología Experimental
Número 03, 2003, Issn: 1578-4282